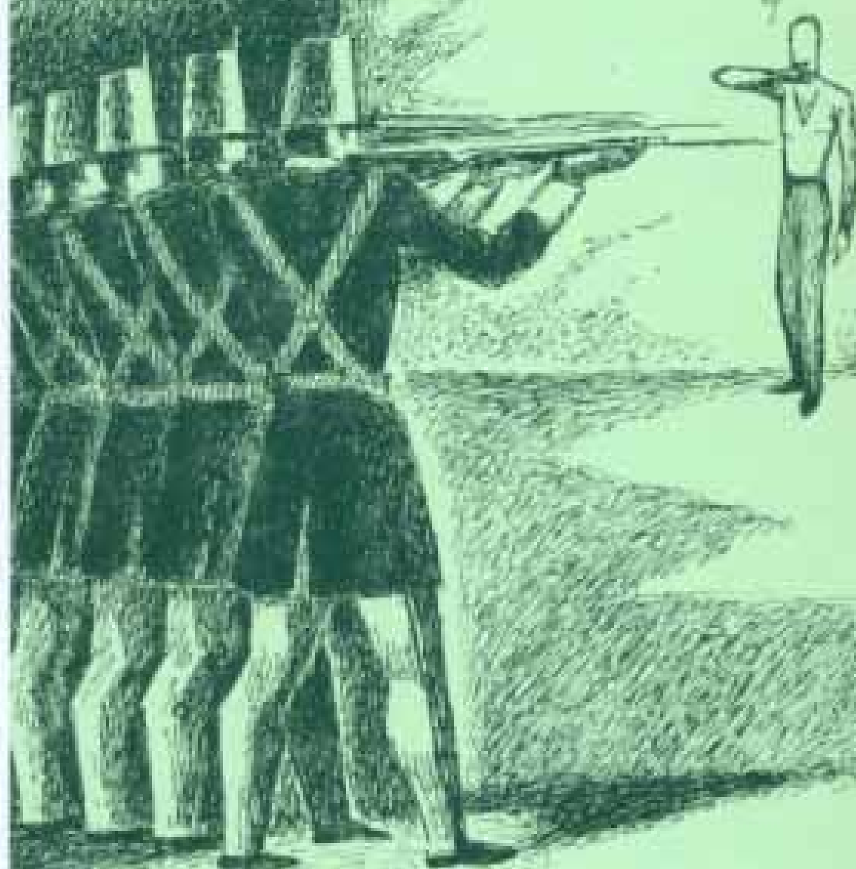
Vargas Torres en la poesía y en la prosa



alson Estupiñán Bass

VARGAS TORRES EN LA PROSA Y LA POESIA

Primer Centenario de la muerte de Luís Vargas Torres

La Comisión Nacional Permanente de Conmemoraciones Cívicas y la Casa de la Cultura Ecuatoriana

Presentan:

VARGAS TORRES

en la poesía y en la prosa
antología compilada
por

Nelson Estupiñín Bass



Casa de la Cultura Ecuatoriana
“Benjamín Carrión”
Quito, 1987

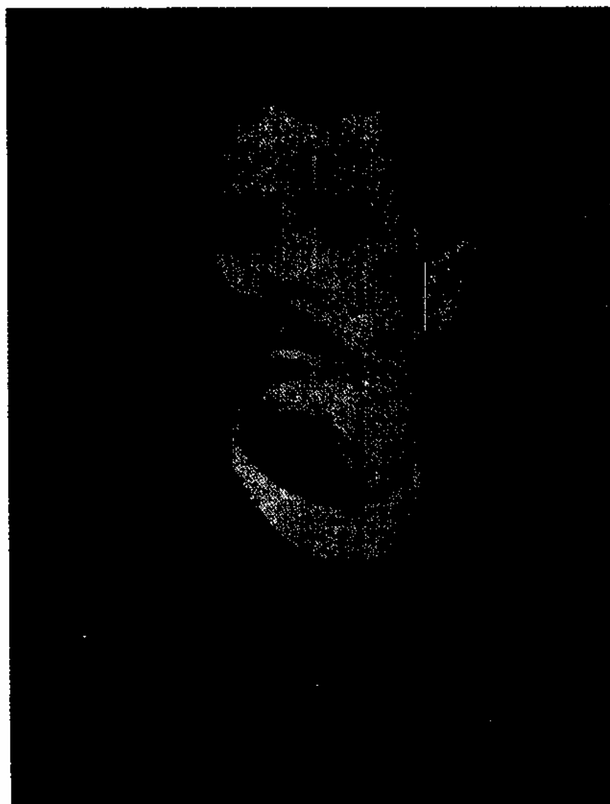
Co-edición de la Comisión Nacional
Permanente de Conmemoraciones
Cívicas y la Casa de
la Cultura Ecuatoriana.

CNPCC, 1987.

Texto y Diagramación: KROHMA PUBLICIDAD,
Telf. 459345 Fotomecánica: SCANN CROMO - Telf.
459345 - Quito

Impresión y Encuadernación: NUEVA EDITORIAL
Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”
Dirección: Av. 6 de Diciembre No. 794 y Patria
Casilla: 67 — Telf. 521451

Quito -Ecuador
Printed in Ecuador Impreso en el Ecuador.
Luís Vargas Torres



Luis Vargas Torres

PRIMERAS PALABRAS

*El coronel don Luís Vargas Torres, es, sin duda, el mayor héroe romántico de nuestra historia, el mayor héroe de la gesta liberal que cam*bió *nuestra historia y la fuente de un manantial de leyendas que van creciendo en el alma popular, prestigiado por su valentía, auroleado por su desinterés y su entrega al ideal y a la lucha, vuelto un imán por la simpatía que emana de su persona y por la terrible crueldad con que fue inmolado. Junto a su grandeza inmaculada resalta la pequeñez de sus enemigos, manchados de toda clase de ruindades.*

La Comisión Nacional Permanente de Conmemoraciones Cívicas se une, con este hermoso libro, a la celebración de su centenario. Lo ha realizado gracias a la invalorable ayuda de uno

de los mayores escritores esmeraldeños, coterráneo y admirador del héroe, don Nelson Estupiñán Bass, cuya contribución a la novela ecuatoriana es tan brillante como caudalosa. En este libro, a base de una sagaz selección, el señor Estupiñán nos da la prueba de cómo escritores de todas las tendencias, de ayer y de hoy, en prosa y poesía, han cantado la trágica gesta del buen coronel liberal.

Esperamos que este libro, unido a las dos biografías de Vargas Torres que han circulado en estos días, la de Jorge Pérez Concha, su sobrino y la de César Névil Estupiñán, esmeraldeño como el héroe, sea de verdadera utilidad para la comprensión de esa época en la que se enfrentaron dos mundos con formidable apasionamiento, entrega, sacrificio, y en la que tampoco faltaron el odio, la venganza y la ciega crueldad, de la que ha nacido el Ecuador de hoy.

PORTICO

Por Nelson Estupiñán Bass

Luís Vargas Torres, de padre colombiano y madre esmeraldeña, nació en Esmeraldas el año 1.855. Sus estudios secundarios los realizó en un colegio religioso de Quito. Dedicado al comercio en Guayaquil, impulsado por su espíritu progresista, liquida su negocio y va a Panamá, donde pone a las órdenes del General Eloy Alfaro su capital y su persona, para la iniciación de la lucha contra la dictadura de Ignacio de Veintimilla.

En enero de 1.883 vuelve al Ecuador. Tras un audaz asalto toma la ciudad de Esmeraldas y comunica el triunfo a Alfaro, quien, llegado a nuestro país, asume el poder como Encargado

del Mando Supremo de la República. Esta es la primera victoria del bizarro soldado romántico, que, de haber sobrevivido, hubiera sido el segundo Presidente liberal ecuatoriano. Después de la toma de Guayaquil, el mencionado año, Alfaro le concede el grado de Coronel. Derrotadas las fuerzas liberales, Vargas Torres cubre la retirada de Alfaro hacia Colombia. En noviembre de 1.886, en la primera fase de la invasión al Ecuador, toma Catacocha se apodera de Loja, en un ataque temerario, el 2 de diciembre, pero el 7, junto a sus huestes, tras la reconquisto de la capital austral por el Coronel Antonio Vega, cae prisionero. Ya está de Presidente de la República el conservador José Maria Plácido Caamaño, llegado al poder en una especie de rifa.

Esmeraldas fue, desde la irrupción del negro africano en 1.553, un chisporreteante bastión de la libertad ecuatoriana. Ello explica el grito libertario de la Provincia de las Esmeraldas el 5 de Agosto de 1.820, la elección de Juan Montalvo a la convención veintemillista en 1.877, la subida de Vargas Torres al retablo de la gloria y la revolución del Coronel Carlos Concha Torres (1.913- 1916.)

En este volumen veinte plumas, cada una a su manera, en una confluencia de ecuatorianidad, narran y cantan la epopeya del Coronel Luís Vargas Torres, fusilado en Cuenca el año 1.887 por la reacción ultramontana, en una épo-

ca *que, antes que un* ***forzoso tramo histórico, nos*** *parece hoy* **un capítulo** *desglosado de la leyendo. El libro se abre con las póstumas coordenadas ideol6gicas del Mártir, lección viva en la metodología del avance espiritual de la Patria.*

AL BORDE DE MI TUMBA

Por el Coronel Luís Vargas Torres

Sí, al borde de mi tumba, tengo que aplacar la furia de mis enemigos, que tan arrojados se muestran en el campo del insulto, la calumnia y el crimen. Fatídicos búhos que se esconden en las negras grietas de sus cavernas pan lanzar horribles graznidos, y con ellos amedrentar el corazón pequeño, pero no al que tiene la convicción de morir por salvar su patria y libertar sus hermanos de la tiranía.

Marcho a la Eternidad. Dos horas más y estaré en su seno, libre de mis verdugos, a quienes por hoy no hago más que aplazarlos.

Toda doctrina que se funda en leyes morales, tie-

ne una fuerte oposición en las gentes cuyo principio fundamental es la opresión e ignorancia de los pueblos para poder convertirse en sus señores. De aquí la diferencia tan grande y remarcable de los Partidos Liberal y Conservador, pues mientras el primero perdona, el segundo, asesina. De aquí el orgullo y altivez del uno y la hipocresía y el crimen del otro. De aquí la sensatez y generosidad de aquel y la ferocidad y abyección de éste.

Querría guardar silencio sobre mi muerte, pan que no se crea que un acto de venganza me impulsa a dar a conocer el nuevo crimen que el Gobierno ejecutará en mi persona. Pero es imposible callar. Sería esto antipatriótico y la sociedad tendría derecho para inculparme semejante falta.

Tengo la franqueza de confesar que no he cometido otro crimen que el de haber caído en manos de mis enemigos. Hecha esta confesión y puesto de manifiesto el injusto procedimiento del Gobierno, verán mis conciudadanos si tengo razón para llamar criminales a esos hombres que se desviven por ultrajar la sociedad y degradar a el pueblo, con tal que les reporte utilidad. ¡Y que Caamaño sea hoy el Jefe de esta patria, digna de mejor suerte!

En cuanto supo el señor Caamaño que habíamos caído prisioneros en Loja, despachó, por la Costa, tres de sus esbirros, llamados Juan Gómez

Cox, Manuel O. Salazar y Rafael O. Bilbao, para que compusiesen el Consejo de Guerra Verbal, con los señores Francisco Farfán, José M. Paredes, Mariano Vidal, Joaquín Yépez y Jerónimo Cisneros. Los tres primeros, hombres ignorantes y corrompidos, fueron enviados de Quito con el pretexto de formar una columna en esta ciudad, pero, a la verdad, sólo para formar parte del Consejo de Guerra y condenamos a muerte. Desempeñaron bien su cometido y se regresaron a Quito. Sigamos con los otros: Paredes es conocido como el más ignorante de los que visten levita, y, además, era conocido su fallo, pues, en el Consejo de Guerra anterior, había dado su voto por la pena de muerte. Farfán sé que es un hombre honrado, pero, como el anterior, su fallo era ya conocido. Yépez no puede ser más conocido como joven de malas costumbres, además de ser Secretario Privado de Caamaño. Vidal fue uno de nuestros vencedores y el único que rechazó la pena de muerte. ¡Lástima que sea conservador! Cisneros fue nuestro Fiscal. ¿Quién es Cisneros? Tahur de profesión y repelido por la sociedad por su conducta sumamente inmoral y corrompida.

Estos fueron nuestros Jueces y los que nos condenaron a la pena capital. Estos los representantes de la vindicta pública.

A las 11 &m. se nos notificó para el Consejo de Guerra que debía tener lugar a las 11 a.m. del día siguiente. Sin embargo de lo injusto de esta

disposición, nuestros defensores, fundados en la ley, recusaron a algunos Vocales, pero esto, como algunas cosas más, fue negado por el Comandante General SEÑOR MUÑOZ, uno de los esbirros de que se ha valido Caamaño para conseguir sus deseos. Durante el Consejo de Guerra, los señores Dres. Arévalo, Arteaga, Chica, Cortázar, Salazar y Ortega no pudieron desempeñarse mejor, pues con suma de lucidas razonas, demostraron y probaron lo inconstitucional de la pena capital y lo injusto del juzgamiento por los tribunales especiales. Pero, todo en vano. Ni Mirabeau, ni Vergniaud, ni Gambeta, ni Castelar, hubieran podido persuadir a estos parias o idiotas que, por la voluntad de un mozalbete de casino, disponían a su arbitrio de la vida de un ciudadano. Yo recuerdo que en las 15 horas, más o menos, que duró dicho Consejo, los Vocales y el Fiscal dormían a más no poder, en vez de escuchar a los defensores y examinar la causa sobre la que iban a fallar. De este modo se juzga en mi patria, a presencia de un pueblo culto, a ciudadanos que no tienen otro crimen que defender sus principios, los derechos y libertades del pueblo y la dignidad de la nación, ya con la pluma, ya con el rifle.

Yo también expuse en dicho Consejo las razones que había tenido para hacer armas contra el actual Gobierno y aquel círculo político llamado conservador. Sabía muy bien que ese no era el medio para obtener mi absolución de la pena ca-

pital, aún con jueces que hubieran tenido conciencia en el fallo que iban a dar. Pero había necesidad de hacerlo así. Lo contrario hubiera sido cobardía e indignidad de un Jefe que defendía tan sagrados y elevados principios, como son los de la escuela liberal.

A cuatro palabras se reduce lo que en esa memorable noche, dije. Helas aquí.
……………………………………………………
……………………………………………………
……………………………………………………
Yo no quise pedir la conmutación y mi resolución fue terminante. Más tarde, es decir, 67 días después, del célebre Consejo, dos caballeros vinieron a mi prisión y me hablaron en nombre de los liberales de esta ciudad para que hiciese la solicitud. El mismo día, el Dr. José R. Arízaga, por él y otros compañeros, me habló en el mismo sentido y lo mismo hizo otro amigo mío y algunas personas más. Mis compañeros de infortunio me suplicaron no dejara de hacerlo.
Muy duro me pareció el no complacer a un deseo general y accedí gustoso, aunque contrariando mi voluntad, y elevé al Poder Ejecutivo la siguiente solicitud:

“Excmo señor:
Luís Vargas Torres, preso en esta ciudad a consecuencia de haber caído prisionero el

día 7 de diciembre próximo pasado, en el combate habido en la ciudad de Loja, y habiendo sido condenado a la pena capital por el Consejo de Guerra Verbal, pide, conforme a un derecho que le concede la Constitución, que Vuestra Excelencia y el Honorable Consejo de Estado le conmuten la pena.

Cuenca, Marzo 11 de 1887.
Luís Vargas T.”

Tres días después nos pasaron a otro cuartel, a los cuatro que fuimos condenados a muerte y cuatro días más tarde me han puesto en capilla, separándome de mis queridos compañeros Nevares, Cavero y Pesantes. Una hora ha que pedí por favor que me dejaran pasar mi última noche con estos amigos, y se me ha negado. ¡Qué bárbaros son los conservadores!

En este momento viene a mi mente el recuerdo de un folleto en el que describe los combates del 1 y el 7 de diciembre de 1886, la voluntad del anónimo folletista y en el que se nos calumnia vilmente. Merecerá alguna refutación? No. Sus calumnias son muy groseras y todos los hechos que allí se refieren están desmentidos por los mismos vencedores, quienes, llenos de indignación me han ofrecido hacerlo, caso de que nosotros lo querramos. Además, existe el proceso de nuestro Consejo de Guerra, en que se probó por cada uno, en particular, y por todos, en general,

una conducta intachable. Suponiendo que algunas faltas, y aún crímenes, se hubiesen cometido, nadie es responsable de ello en tiempo de revolución, máxime cuando el Gobierno ha declarado guerra a muerte a los revolucionarios. En todo caso, el Gobierno es, pues, el culpable.

Todos, hasta los mismos conservadores de Loja, han mirado con desprecio esta infame publicación y sólo EL ANOTADOR le ha dado buena acogida y la recomienda como un documento importante para la Historia. ¡Qué sarcasmo! Bien conocido es este periodista y tanto él como su amigo de Loja no merecen sino el desprecio.

Las horas vuelan y yo me acerco al umbral de la Eternidad. Y es preciso concluir este opúsculo. Sé que todos mis compañeros de infortunio están tristes y desesperados con la terrible noticia de mi próxima muerte. Yo los recuerdo y el dolor despedaza mi corazón. Que no desmayen en el sagrado propósito de la salvar la Patria y en la Eternidad los recordaré con gusto,

¡Quiera Dios que el calor de mi sangre que se derramará en el patíbulo, enardezca el corazón de los buenos ciudadanos y salven a nuestro pueblo!

VARGAS TORRES ENLA PROSA

EXPEDICION DE VARGAS TORRES: SU MARTIRIO

Por Roberto Andrade

Militante alfarista y escritor, nació en 1.850 y murió en 1.938.

Autor de “Pacho Villamar”, “La mujer y la guerra”, “6 de Agosto”, “Cafn”, “Tulcán y Cuaspud”, “Campaña de 20 días”, “Sangre!, quién la derrarnó”, “Montalvo y García Moreno”, “Otro mártir”, “Historia del Ecuador” y “Vida y muerte de Eloy Alfaro”.

Mientras duró la prisión de Vargas Torres, no faltaron en ella sacerdotes, porque Cuenca es una de las ciudades más católicas del mundo. Oíales el prisionero, sin discutir con ellos casi nunca; y cuando hablaba no era sino para suplicarles no volvieran. “Pierden el tiempo y me lo quitan a mí — les decía.- Uds. ven la luz de un lado, y yo la veo en el opuesto; y nos es imposible acordarnos. La repetición nos fatiga inútilmente. “No todos los sacerdotes católicos tienen el convencimiento de que profesan ellos solos la ver-

dad, porque algunos lo son por conveniencia, pero todos son tozudos; y al interlocutor provecto y convencido, no le dan otro recurso que el de ser paciente o reventar. La tolerancia es virtud; pero para el sacerdote católico no es sino horroroso atentado. La intolerancia ha llegado a ferocidad en parte del sacerdocio ecuatoriano. ¡ Lástima es que no hayan vivido en naciones disidentes o incrédulas, donde se prohíbe el ejercicio del culto católico, porque entonces hubieran experimentado lo que es la intolerancia! La ciencia y la experiencia están derrotando a la *fe;* y los secuaces de ambas banderías deben, por lo menos, tratarse como amigos, sin otra arma que la del argumento, el raciocinio. Los sacerdotes católicos en Cuenca, no quisieron sino que Vargas Torres se pasara a su bando; pero nada hicieron por libertar al mártir del suplicio.

A las 7 a.m. del 20 de Marzo de 1.887, el ejército, con el arma a la funerala, se encaminaba a la plaza principal, llevando al centro de él a aquel héroe, que veía su muerte como un suceso simple de su vida, del cual habían de sacar provecho sus amigos, para dar a su patria honra y libertad. Caminaba con el mayor reposo, y su fisonomía no revelaba sino altos pensamientos. Frente al cadalso se hallaba la prisión de todos sus tristes compañeros, quienes le contemplaban y derramaban lágrimas; paróse, levantó la vista hacia ellos; y con la mayor elegancia, les mandó una despedida con la diestra. Se adelantaron a ven

darle los ojos: no lo consintió; le ordenaron doblara las rodillas: no lo consintió tampoco. Era esbelto, cenceño, de fisonomía atractiva, y no tenía sino 27 años. (1) Irguióse, cruzó los brazos, se cuadró y miró de frente. "En el instante preciso, bajó los brazos — dijo un diario de aquel tiempo —; la primera descarga le había herido en el vientre; tuvo fuerzas para señalar el corazón." Su cadáver fué arrastrado como el de un perro, por que no había querido confesarse, y arrojado en una cloaca, en las afueras, donde lo fue el de la insigne poetisa Dolores Veintimilla de Galindo... Fue hermano legítimo, hijo de primer matrimonio, de Clemente Concha, otro adolescente heroico, y de Carlos Concha, el imitador de Alfaro en estos días. VargasTorres ha sido y será un símbolo en la historia de la libertad ecuatoriana.

(1) Vargas Torres nació en 1855; por lo tanto, a su ejecución (1877) había cumplido 32 años.

EL CORONEL LUÍS VARGAS TORRES

Por Manuel J. Calle

El más famoso periodista ecuatoriano, insigne escritor, nacido en 1886, muerto en 1918. OBRAS: “Ojo por Ojo”, “Un manojo de artículos”, “Historia de un crimen”, “Figuras y Siluetas”, “Cuestiones del día”, “Leyendas del tiempo heroico”, “Hombres de la revuelta”, “Leyendas Históricas”, “Biografías y semblanzas” y “Charlas de Ernesto Mora”.

La noche está obscura y silenciosa,

En el fondo del firmamento sombrío titilan las estrellas y en el confín del horizonte, allá, tras de los distantes cerros, nubes negras, presagio de tempestad.

La ciudad duerme. En las desiertas calles se escucha tan sólo el ruido de las pisadas de las patrullas que las recorren, el ladrido de algún perro trasnochador y los fúnebres graznidos de las le-

chuzas que baten sus alas contra los muros de las iglesias o sobre la cruz de los campanarios.

Encaminamos nuestros pasos a la Plaza Mayor. La vieja Catedral levanta su torre como se yergue un gigante en la sombra. Al frente, la fábrica de la nueva Catedral asemeja un montón de escombros, y, en la mitad, promontorios de tierra, sobre la que crecen los cardos, obstruyendo el paso. Este lugar es triste como una ruina, sin tener siquiera la grandeza poética de todo lo que la mano del tiempo ha destruido.

Ahí esta el cuartel. Entramos. La guardia dormita. El silencio es casi absoluto, interrumpido únicamente por el grito que los centinelas se arrojan del un extremo al otro del edificio y por sus a- compasados pasos sobre el duro y desigual empedrado. Las luces de los faroles están casi extinguidas y parpadean en las tinieblas como esclavas soñolientas que hacen esfuerzos por mantenerse en vela... Todo es lúgubre en derredor. Diríase que un hálito de muerte pesa en la enrarecida atmósfera.

Quiénes son esos infelices que, agrupados en desorden lamentable, haraposos y con el grillete al pie, yacen en el fondo de esa miserable estancia?

El centinela vigila en la puerta, rígido y de pies, apoyado en su fusil. Ellos parece que duermen, pero su insomnio se descubre por suspiros aho-

gados, sollozos apenas perceptibles, rápidos cuchicheos ... Si pudiéramos mirar sus rostros, contemplaríamos en ellos señales terribles, desesperada angustia: Hay lágrimas en todos los ojos, inmenso desconsuelo, consternación inmensa en todos los corazones...

Son prisioneros de guerra. Sus nombres? Si hay Justicia, los dirá mañana la Historia.

Y el centinela vigila... Vigila rígido y de pies, a-poyado en su arma, mientras las estrellas palidecen en el fondo sombrío del firmamento y, una a una, se apagan las luces de los faroles …

En otro cuarto, al resplandor de unas bujías que luchan con las primeras claridades del alba, se pasea un hombre con impaciencia febril, manifestando en su semblante el sello de un grande, de un supremo dolor.

En qué piensa? Quién lo sabe! Esa alma es un abismo asomado al borde de otro abismo ... Dios, la familia, la Patria, el juicio de los contemporáneos y el fallo de la posteridad... ¡Qué grandes ideas! ¡Cuán inmensas para llenar todos los vacíos! ¡El pobre! Es un moribundo. Dentro de algunas horas será un cadáver...

Ha luchado y ha sucumbido. Víctima de un ideal generoso, el ideal que le abandona en la hora terrible del sacrificio. Hace días que la esperanza

ha huido de su pecho y el cansancio de la derrota, el desaliento moral le gangrenan y le matan, aún antes de la hora del verdugo.

Se alzó contra la tiranía, en nombre y defensa de un pueblo, y ese pueblo lo dejó abandonado en la difícil empresa, le desconoció y calló. No quiso ser libre. Había perdido, con la fe en el porvenir, la noción de dignidad. Y el combate de este hombre fue estéril para la causa de la inmediata liberación de dicho pueblo...

Quiso romper cadenas y sólo consiguió que se las remachen a él

Peleó por las garantías sociales y va a morir fusilado...

Clamó por los derechos humanos y la dignidad de los espíritus y su voz se perdió entre el silencio de los unos, la blasfemia y maldición de los otros y la punible indiferencia de los demás.

El pasado, sombrío; el presente, angustioso; y, el porvenir?...

¡Ah! Será posible que asome el sol en este desamparo, en esta soledad, en estas tinieblas atroces?

Renacerá la flor bendita de la esperanza, aunque el germen se riegue con sangre y lágrimas?

Todas las soñadas glorias se han vuelto humo. Las nobles ambiciones han sido juzgadas como crímenes. Los anhelos santos de libertad, ahogados en el polvo sangriento. Mañana no quedará de todo ello sino un despojo fúnebre sobre un patíbulo afrentoso. ¡Oh Patria! ¡Oh Libertad!

Y allá en las lejanas playas que arrulla el mar con sus salobres ondas, playas queridas que nunca más verá, cómo tiemblan por su suerte y ansiosas esperan su regreso la amante madre, las hermanas cariñosas...

Tierra nativa, casa propia, cielo azul que cobijó su cuna, madre, hermanos, compatriotas, adiós!

Todo lo ha perdido; todo lo ha dejado...
La desesperanza en el fondo de su ser y el vacío y la soledad en tomo: He ahí su patrimonio.

Cómo quisiera volver a la costa de Esmeraldas, llegar al dintel de la casa materna, y caer, allí, sollozando, en brazos de los suyos, y encontrar alivio en el corazón de su madre para las amarguras del suyo, herido mortalmente por la más honda de las angustias...
Pero, no... Debe morir.

Y lejos, tan lejos, de los seres queridos por su alma.

Qué terribles pensamientos éstos, qué ansiedad tan inenarrable!

Cristo, con ser Dios, sud6 sangre en el huerto de Getsemaní y exclamó: “Padre Si es posible, pase de mí este cáliz !“
Se sienta y escribe:

Señora
Delfina Torres vda. de Concha.

Comprendo muy bien, madre mía, que éste, mi último adiós, te hará sufrir mucho, muchísimo. Pero, cómo irme a la eternidad sin despedirme de los seres más queridos que tengo en este Mundo, de ti, madre querida, de María, de Esther, de Teresa y de Delfinita?

¡Ah! Mucho sufrirás con mi partida: Yo también sufro con dejarte. Pero allá, libre de la ferocidad de los hombres y en unión de nuestro querido Clemente, te esperaré para darte el abrazo de que me privan aquí en la tierra los hombres inhumanos, separándome de ti.

Después de pocas horas dejaré de existir, derramando mi sangre en un patíbulo. Muy bien sabes que ningún crimen he cometido y que

sólo por ser un honrado ciudadano, amante del progreso de mi patria, voy a recibir esa muerte. Pero ¡ah!
Sí; soy un criminal: Mucho has llorado, mucho has sufrido...

Aquellos insensatos que me matan por satisfacer una ruin venganza, creen contener el vuelo de la revolución con este crimen y no saben esos infelices que lo que hacen es darle más aire y más espacio: ¡Quiera Dios, madre mía, que sea yo la última víctima que presencien los pueblos!

Algunos días ha que no veo a Jorge, pero creo que está en esta ciudad. No puedo verlo, pues, estoy absolutamente incomunicado y ojalá que no lo vea para que mi corazón no flaquee y no asomen lágrimas a mis ojos, pues, si asomasen, creerían mis enemigos que la cobardía dominaba mi corazón. Con él les dejó algunos recuerdos.

No puedo más. Las lágrimas brotan a mis ojos sin cesar y mi corazón desfallece. Adiós, madre querida. Adiós, no desesperes. Tus hijos necesitan de tu apoyo y tus sufrimientos te abren el camino de la felicidad.

Adiós..., adiós...

Luís.
Cuenca, en mi prisión. Marzo 19 de 1887

VARGAS TORRES
abre la campaña por tierra

Por Jorge Pérez Concha

Diplomático, historiador y hiógrafo,Miembro de la Academia Ecuatoriana de la Historia, Doctor honoris-causae y profesor de la Universidad de Guayaquil, nacido en 1908.
OBRAS: “Eloy Alfaro, su vida y obra”, “Vida de Vargas Torres”, “Bolívar Internacionalista”, “El General José de la Mar”, “Ensayo histórico-crítico de las relaciones diplomáticas del Ecuador con los Estados limítrofes” (tres tomos). El doctor Pérez Concha es sobrino carnal de Vargas Torres.

Pero volvamos a la situación de los exiliados, en Lima, con posterioridad al arribo del caudillo. Por aquella época, Alfaro recibió una oferta, consistente en la venta del vapor “Vilcanota”, surto en la rada del Callao.

La propuesta despertó el entusiasmo del caudi-

llo, quien, para su realización, contaba con la garantía que, al efecto, le había ofrecido otro de los exiliados, el Dr. Lorenzo Rufo Peña, con el fin de emprender en una nueva expedición a las costas del Ecuador, en conexión con la invasión que, por la frontera sur, debía realizar uno de sus más bravos Tenientes.

La idea despertó el entusiasmo digno de la causa y, en breve, todos estaban en orden de combate...

“Vargas Torres — dice uno de los participantes en la lucha — era como un león en jaula, mientras se le obligaba a la vida sedentaria en Lima”.

En él pensó el caudillo para confiarle la campaña que se habría de realizar por tierra, mientras que el General, héroe del “Alhajuela”, amagaría las costas, a corto plazo...

Vargas Torres cumplió su cometido: salió de Lima, llegó a Paita y se aprestó a realizar la primera parte de la acción.

Por desgracia, la personalidad del Plenipotenciario Salazar se interpuso otra vez en su camino. Y el joven expedicionario fue apresado en Piura cuando concurría a una representación teatral...

Con todo, dada la falta de pruebas, fue liberado, en breve, con el compromiso de presentarse diariamente ante el Sub-Prefecto del Distrito.

Y así lo hizo...

Pero de Lima llegaban noticias cada véz más felices con respecto a la negociación establecida. Y Vargas Torres tenía que cumplir con el compromiso solemne contraído...

Un día abandonó Piura, cruzó la frontera, llegó a Catacocha y lanzó un manifiesto.

He aquí el acta del pronunciamiento:

En el Cantón Catacocha, a los veintiocho días del mes de Noviembre, (1886) los abajo suscritos, reunidos en la Casa Municipal, conociendo que la actual situación política del país es debida a que la presente administración no ha llenado sus compromisos para con el pueblo.

CONSIDERANDO:

1o.— Que el país marcha a su completa ruina por la malversación de las rentas nacionales, que el Gobierno autoriza y protege;

2o.— Que el actual sistema de Gobierno es contrario a los principios republicanos democráticos;

3o.— Que están conculcados nuestros derechos y garantías.

DECLARAMOS:

1o.— Desconocer al actual Gobierno por las causas ya indicadas;

2o.— Encomendar la obra de la transformación política al conocido cuanto acreditado patriota General Eloy Alfaro, para lo cual le damos la suma de los poderes necesaria para que la lleve a cabo de conformidad con los principios liberales.

Abiatar E. Piedra, Isaac Paladines, Teodoro Paladines, Benjamín Tinoco, Tomás Celi, José Miguel Becerra, Pablo Benavides.

La revolución se había reiniciado...

VARGAS TORRES

Por Remigio Romero y Cordero

Poeta laureado, biógrafo, doctor en Jurisprudencia, Ministro de la Corte de Cotopaxi, periodista, nació en 1895 y falleció en 1968. OBRAS "La romería de las carabelas", "Condóricamente", "La ¡Kiteida", "Jesucristo" y "Biofrafía de Mariana de Jesús".

Roncos parches de guerra, enlutados con negras gasas. Trompetas graves que circulan sobre los vientos de la Eternidad. Un pelotón de soldados, que cargan los fusiles, frente al tablado sangriento, levantado, en un ángulo, contra los portales de la Casa Municipal...

Repentinamente, sacan al preso.
Es un Coronel. Casi un muchacho, de mirar sereno y nobles sentimientos, que se llama Luís Vargas Torres.

Avanza, con paso firme, y oye, sin turbarse, la lectura de la sentencia que lo condena a la cárcel definitiva de la muerte
.
No hay señal de sombras en sus ojos.
No hay señal de miedo en su corazón.

Reposado y severo, domina la masa humana, congregada al pie del cadalso, eleva los ojos a lo alto, pronuncia algunas palabras y se apresta a morir.

El verdugo quiere degradar al Coronel, mandándolo a ponerse de rodillas. Pero el Coronel permanece de pie, como una estatua al valor.

Acaso se trata de vendarle los ojos y ponerlo de espaldas. Pero, no. Vargas Torres no es traidor, sino mártir...

Al fin, se aparta el verdugo.

Baten más lúgubres los parches y gimen más tristes las cornetas.

A lo lejos, hay clamores de campanas.

Y...suena la descarga, seca, matemática, sorda. mientras rueda Vargas Torres, entre un alarido escalofriante, que, sin quererlo, ha dejado escapar el espanto horrorizado de las multitudes

Todo está concluído?

No. Todavía hay que negarle al fusilado hasta la misericordia de un pedazo en la mansión de los que duermen.

Por allí, en una quebrada tétrica, es enterrado el Coronel, mientras corroe en las conciencias de sus verdugos las últimas palabras que escribió en en su testamento:

“Quiera Dios que el calor de mi sangre que se derramará en el patíbulo, enardezca el corazón de los buenos ciudadanos y salven a nuestro pueblo”.

Y así fue:

Ocho años después se produjo el 5 de Junio de 1895.

YO LO VI MORIR.

Por AtLrelio A. Ochoa
(Testigo presencial)

Tendría yo once años, más o menos.

Se nos llevó en corporación a todos los alumnos del Colegio “San Luís”, hoy “Benigno Malo”, para que presenciáramos cómo se castiga a los herejes, a los masones y liberales, que combaten la religión.

En ese entonces, cruzaba la Plaza, de Occidente a Oriente, una zanja enorme y profunda, donde se trabajaba la alcantarilla para la cripta de la nueva Catedral. Se nos puso en formación frente a la zanja. Hallábame colocado junto a unas tablas que servían de puente para cruzar al lado o-puesto, cuando de pronto sentí una mano que se pos6 sobre mi hombro. Era el Padre Naranjo, dominico, que quería apoyarse en mí para pasar por esas temblorosas tablas. Esta oportunidad sirvió para acercarme más al lado de la víctima.

Cuando salió Vargas Torres del cuartel, donde había pasado tres días en capilla, avanzó, entre la escolta, unos ocho metros, adelante del portal de la Municipalidad, y el Mayor Vidal le leyó la sentencia de muerte, que escuchó sereno y sin quitarse el finísimo "jipijapa" que llevaba puesto. Terminada la lectura, se volteó a la derecha, y, como viera a sus compañeros de prisión en los balcones del cuartel donde estaban presos, se sacó el sombrero y los saludó con la última despedida. Luego, se le condujo debajo del cuarto arco de los siete que tiene la Municipalidad, donde se quedó solo, con el frente hacia la Plaza. En este instante volvió a acercársele el Padre Naranjo, que estaba a la derecha, pero rechazó la insinuación que le hiciera. Otro sacerdote, vestido de negro, hallábase, también, a la izquierda de la víctima. Ninguno pudo reducirlo a que se confesara. Llegó la hora fatal: Las 8 y 45 a.m. El Jefe de la escolta, Teniente Elías Zigüenza, mandó que cuatro soldados salieran de las filas, y, luego, ordenó apuntar, con sus rifles, hacia Vargas Torres, que, sereno, apoyado en la pierna derecha y el pie izquierdo hacia afuera, medio cruzado de brazos, miraba de frente a sus verdugos.

Sonó la descarga. El cuerpo del mártir inclinóse un tanto hacia adelante. Luego se irguió para caer del lado derecho. El Teniente Zigüenza acercóse y con su espada, hurgó el cuerpo de la víctima. Luego, ordenó que se le diera el último balazo reglamentario.

Cuatro peones, tomados al acaso, levantaron el cadáver **y** cruzaron la Plaza, siguiendo por la calle Bolívar. En la mitad de la segunda cuadra, donde hoy está una carrocería y que pertenece al convento de San Alfonso, había una casa particular, donde vivía el Dr. José María Cobos, de cuya habitación proporcionaron una colcha, sobre la que pusieron el cadáver, para llevarlo con más comodidad. El Dr. Cobos era uno de esos viejos liberales, sobreviviente de Jambelí, que salvé con Urbina y el Secretario de éste, Dr. Pablo Chica Cortázar, de las iras de García Moreno.

Al llegar el cadáver a la esquina intersección de las calles Bolívar y Pichincha, esto es, a dos cuadras de distancia de la Plaza donde se verificó el fusilamiento, llegó precipitadamente el Dr. Miguel Moreno, haciendo conducir un ataúd ordinario e hizo detener el cadáver para colocarlo en esa caja mortuoria. Pero el Comisario, Mariano Abad Estrella, no consintió este acto de piedad, diciendo que había que llevarlo a la espectación pública para ejemplo y escarmiento de los impíos. Continuó, pues, el desfile macabro. Al llegar al panteón, condujeron el cadáver tras el edificio, en la parte Norte, orilla derecha de la quebrada “Supai-Huaicu”, donde encontraron una fosa preparada para el efecto. Pero el Dr. Miguel Moreno hizo cavar otra, por su cuenta, y allí fue sepultado el héroe y mártir de 1887.

(Tomado de Vargas Torres, segunda edición, por Jorge Pérez Concha, 1953, Guayaquil). 47

LUÍS VARGAS TORRES

Por Alfredo Pareja Diezcanseco

Premio Nacional "Eugenio Espejo", Aeadémico de la Ecuatoriana de la Lengua, Doctor honoris-causa de la Universidad de Guayaquil, Embajador, ex-Canciller de la República, novelista, biógrafo, historiador y periodista nacido en 1908.
OBRAS
Novelas: "La casa de los locos", "Río Arriba", "El Muelle", "La Beldaca", "Baldomera", "Don Balón de **Baba",** "Hombres sin tiempo", "Las tres Ratas", "La Advertencia", "El aire y los Recuerdos", "Los Poderes Omnímodos", "Las Pequeñas Estatuas" y "La Mantícora".

Historia, biografía y ensayo:
"La hoguera bárbara", "Historia del Ecuador', "Vida y leyenda de Miguel de Santiago", "La lucha por la democracia en el Ecuador", "Thomas Mann y el Nuevo Humanismo", "El Ecuador de Eloy Alfaro", "Historia de la República de 1830 a 1972", "Las instituciones y la administración en la Real Audiencia de Quito", "Ecuador desde la prehistoria a la conquista española", "Ecuador desde la república de 1830 a nuestros días", "Ensayos de ensayos" y "Notas de un viaje a la China"

André Malraux sentía, y lo expresaba con magnificencia en su gran prosa poética, una exaltada admiración por los héroes. El héroe del arte y hasta el héroe de la guerra, que es el menor de todos, empequeñecido por el oficio de matar. Mucho se habló y se discutió, empero, de la guerra justa, cuando los españoles nos mataban a nuestros cándidos indios porque no sabían rezar al dios de los barbudos. De acuerdo, por cierto, en que positivamente, éticamente, humanamente, no existe o no debe existir la guerra, llámesela o no justa o injusta, porque el asesinato ha sido y será siempre un delito.

Sin embargo, la guerra que hicieron los liberales a los conservadores, durante nuestro tormentoso siglo diez y nueve, debe haber sido justa porque fue, eso sí, sin duda alguna, una guerra defensiva, inevitable, contra los malhechores del fanatismo conservador y bribón, especialmente si nos acordamos de José María Plácido Caamaño, que, a pesar de su tercer nombre de pila, le gustaba meter manos y cabeza en el crimen. Para definir mejor a este mal sujeto histórico, valen las palabras de un muy alto funcionario de nuestros días: fue uno de los "entontecidos por el dinero." Recuerde el lector que, cuando ya había matado y robado bastante de Presidente de la República, desde la Gobernación de Guayaquil —por entonces la más alta magistratura después de la Presidencia de la República — , vendió nuestra bandera para que Chile la ondease en un

crucero de guerra que a su vez vendía al Japón, en bélico conflicto con Corea. Eso ocurrió entre 1894 y 1895, y sirvió de estimulante para el triunfo liberal del 5 de Junio. Pero Caamaño se entonteció, porque el trust norteamericano que lo contrató le birló la comisión.

Pues bien, contra Caamaño el implácido, luchó heroicamente — antes lo había hecho contra otro bribonazo, Ignacio de la Cuchilla, como don Juan Montalvo apellidaba a Veintimilla — un gran capitán de los ideales ecuatorianos: Luís Vargas Torres, cuyo fusilamiento — asesinato, cometido por Caamaño naturalmente, acaba de conmemorarse a los cien años del impugnante y malvado acontecimiento.

Vargas Torres puede ser llamado, sin hipérbole alguna, como lo fuera el francés señor de Bayard: un capitán sin miedo y sin tacha. Nuestro capitán criollo, que llegó a Coronel en los campos de batalla, pero que nunca dejó de ser líder en el sentido magnificado y tradicional de los dones de mando, nació en la provincia de las Esmeraldas, en el verde y legendario reino de la negrería que fuera libérrima en los tiempos coloniales, en 1855, hijo de un comerciante adinerado, blanco de tez y señor de hacienda, Luís Vargas, y de doña Delfina Torres de la Carrera, que, al enviudar, casó de nuevo con Uladislao Concha Piedrahita, ciudadano colombiano que vino de negocios a Esmeraldas. Se cuenta, y lo probó en

las batallas, que Vargas Torres amó a los negros y mulatos, y por ellos fue amado, como más tarde lo harían con su medio hermano, Carlos Concha Torres, en la revolución de Esmeraldas de 1913 hasta la segunda mitad de 1916. Atestiguan gentes de la época, que doña Delfina Torres era una mujer de clara inteligencia y de un coraje para el sacrificio muy poco común, entregados a la causa liberal. Del señor Concha se cuenta que poseía un carácter apacible, aunque muy emprendedor en negocios de agricultura y ganadería.

Nuestro capitán, Luís Vargas Torres, como muchos jóvenes de entonces, hizo sus primeros estudios en el Seminario de Quito. Luego pasó a Guayaquil, donde estableció una casa de comercio. El puerto principal había progresado mucho, en razón de sus exportaciones de cacao, y contaba, se diría que desde 1845, con una burguesía mercantil exportadora y parcialmente financiera que, obviamente, constituía la base estructural de los movimientos políticos liberales por salvar al Ecuador de su conventualismo reaccionario.

De modo que, cuando el bárbaro de la Cuchilla se alzó a tirano, robó lo que pudo y asaltó las bóvedas del Banco del Ecuador para cargar su bolsa de oro macizo, Vargas Torres liquidó sus negocios y viajó a Panamá llevándole recursos para la guerra a Eloy Alfaro, que vivía allí uno

de sus innumerables exilios. Alfaro escribió: "Durante la segunda quincena de noviembre (1883), presentóseme el joven Luís Vargas Torres, procedente de Guayaquil, y me ofreció sus servicios personales y algunos miles de pesos... para comprar armamento y abrir operaciones sobre Esmeraldas... El armamento que constaba de 200 rifles.., fue conducido en un buque de vela por mi hermano Medardo.,. la fuerza de la Regeneración (los conservadores que también combatieron a Veintimilla se llamaban "restauradores", significativo nombre si el lector lo piensa un poco) ocupó la plaza, y el jefe accidental de operaciones, Coronel Vargas ¡así se ganaban entonces los grados bélicos!) me envió... (Eloy Alfaro, "La Regeneración y la Restauración", Panamá 1884).

El ejército "regenerador", también llamado del litoral, venció también en .Manabí y llegó a Mapasingue para, de acuerdo con los "restauradores", atacar y vencer a Veintimilla. Vargas Torres combatió en el cerro del Carmen, a la cabeza de la co]umna "Olmedo", y luego, para la toma de Guayaquil el 9 de Julio de 1884, se lo vio avanzar como comandante general de la segunda división. No sobra recordar hombres y nombres de esos acontecimientos: fueron tres divisiones las atacantes: la primera al mando del coronel Manuel Antonio Franco; la segunda, de Vargas Torres; y la tercera, que se componía de

los batallones “Vengadores de Valverde” “(en memoria del escritor Miguel Valverde, apaleado por sayones de Veintimilla) y “Vengadores de Piedrahita” (Vicente Piedrahita, diplomático y luchador, asimismo víctima del señorón de la Cuchilla), al mando del coronel Enrique Avellán. La caballería estuvo a cargo del coronel Francisco Hipólito Moncayo. Todos ellos son nombres ilustres, que ya ha acogido la posteridad.

Derrotado y prófugo Veintimilla, reunióse una Convención Nacional, a la cual asistió como diputado Vargas Torres, entre otros liberales que propugnaban la candidatura de don Pedro Carbo, rechazada por una fanática turba en Quito, que gritaba “ Muera el hereje! “. Esa Constituyente eligió presidente a José María Plácido Caamaño, de quien dice Roberto Andrade: “Truhán desde muchacho, tenía celebridad en su ciudad natal, por petardista, libertino y estafador” (Vida y Muerte de Eloy Alfaro, Nueva York l91&p. 41)

Y nuestro mismo capitán heroico, Vargas Torres: “¿Quién no conoce al pillo y disoluto Caamaño que tantas picardías y pilatunas ha hecho en Guayaquil, y que .. - no vivía sino orgías escandalosas? El rechazado por su padre, el rechazado por Veintimilla, ése, ese es el elegido de los terroristas..de esos patibularios..farsantes políticos...; papistas retrógrados..y borrachos y ladrones.. “ (L.V.T., La Revolución del 15 de

noviembre de 1884, reedición [984, Univ. de Guayaquil, introd. de Elías Muñoz Vicuña. pp. 21/22). También había Vargas Torres publicado Alfaro y los Pentaviros de Quito y Diario de Campaña. Puede, pues, bien suponerse que "si el crimen del 20 de marzo de 1887 tuvo algo de político, más mucho más tuvo de personal y rencoroso", según dice Jorge Pérez Concha en su libro Vargas Torres (Guayaquil 1937, p. **39)**

El gran viejo don Eloy Alfaro hallábase nuevamente en su exilio de Panamá. Allá fue Vargas Torres llevándole nuevos recursos para la lucha. "Gracias al concurso patriótico del coronel Vargas Torres, que aporté mayor cantidad de la que había ofrecido, tuve con que atender a los primeros gastos de la movilización. .Cooperaba a la presente campaña el joven patricio.. con su persona e intereses.. - "afirma Alfaro (Pérez Concha,p. 39). El plan era el de atacar en tierra por el sur, tarea encomendada a Vargas Torres y otros, en tanto Alfaro dirigíase navegando a la costa manabita, por manera de acosar a las fuerzas caamañistas por dos frentes.

Ya Caamaño había hecho fusilar al coronel Nicolás Infante, otro de los mejores jóvenes que seguía a Alfaro, y que cuando le llevaron el almuerzo en el día de su muerte, había exclamado, desafiadamente: "¿Para qué? ¡Esta noche cenaré con Plutón en el infierno! "; y el Sargento Mayor, oriundo de la sierra, Leopoldo Gonzá-

lez, condenado ya a la pena capital por un consejo de guerra, había sido descuartizado en Latacunga.

Vargas Torres, venciendo serias dificultades, logró finalmente pasar la frontera hasta alcanzar Catacocha, donde lanzó su proclama de pronunciamiento por Alfaro, y continuó abriendo sus operaciones militares en Celica y luego pudo tomar la ciudad de Loja el 2 (le diciembre de 1886, sin haber cometido sus tropas ningún acto delictuoso, pues que los liberales aplicaban entonces la humanitaria conducta del "perdón y olvido", practicada constantemente por el Viejo Luchador. Pero la suerte militar le fue adversa cinco días más tarde, al ser vencido por el coronel conservador Antonio Vega, a quien Vargas Torres se entregó, diciéndole: "Coronel, aquí tiene usted su víctima. ' El coronel Vega le respondió: ''De ningún modo. Su vida está asegurada mientras yo tenga el comando de las fuerzas". Haberlo a- sí prometido y cumplido fue suficiente para que Caamaño disponga que se retirase del teatro de la guerra con sesenta días de licencia.

Cuenta un testigo presencial que Vargas Torres y sus tenientes fueron llevados a Cuenca "acribillados como perros.. .en medio de una doble fila de soldados..." (Pérez Concha,p.103 **)** En Cuenca se realizó el Consejo de Guerra, en enero de 1887. Vargas Torres, que habíase negado a nombrar abogado defensor, pues la defensa la hizo él mismo, relata en una carta a la madre, doña Del-

fina: “... en los quince días que duró, más o menos, dicho Consejo, los Vocales y el Fiscal dormían a más no poder, en vez de escuchar a los defensores y examinar la causa... Ya sabrá usted...que hemos sido juzgados en consejo de guerra y cinco condenados a muerte, Por mi defensa, que la incluyo, verá usted que no he temido el hacha del feroz ultramontano. Tampoco me he humillado solicitando la conmutación de la pena, pues siempre he creído indigno de un hombre implorar el perdón del enemigo... En este momento sé que el General Sarasti (Ministro de Guerra) se ha negado a firmar el decreto de pena de muerte., y que Caamaño está al volverse ciego de rabia...”

El llamado Presidente Caamaño telegrafió entonces al Comandante General del Azuay, coronel Alberto Muñoz Vernaza, “...Deho decir a usted que mi resolución es conmutar a los demás, pero, con respecto a Vargas Torres, quiero que usted...en reserva absoluta me diga...su opinión... Respóndame a la brevedad posible, con franqueza...” Y el desalmado comandante general respondió: “Debo decir que mi opinión y la de la mayoría sensata es que debe negarse la conmutación de Vargas Torres, puesto que ni la ha pedido...” A poco, el antiplácido Presidente envió telegráficamente su resolución: “De acuerdo con el Consejo de Estado (el Ministro Sarasti se había negado a la infamia)...conmútase la pena en la de reclusión mayor extraordinaria a ...Filome-

no Pesantes y Pedro José Cavero, y niégase a Luís Vargas Torres, en quien se llevará a ejecución la pena capital a que había sido condenado". Pasó que, por gestiones de notables cuencanos, y sin la autorización de nuestro ecuatoriano capitán, firmaron en su nombre dos abogados la solicitud de conmutación.

Vivía por entonces en Cuenca la señora Carolina Zambrano de Zevallos, una matrona manabita, viuda y de profundas convicciones liberales. En casa de ella, y con la ayuda de su hijo, un niño de diez años de edad, Carlos Zevallos Zambrano que sería el padre del gran arqueólogo, Carlos Zevallos Menéndez —. quien llevaba y traía mensajes al y del prisionero, se fraguó una conspiración para la fuga de Vargas Torres. El 18 de marzo, hallábase el niño de visita, cuando entraron a la celda un oficial, un religioso y un notario, y Vargas Torres, ante un gesto de salir que hiciera el muchacho, le dijo, tomándolo del brazo: "Quédate. Vas a oír mi sentencia de muerte, y mañana vas a yerme fusilar para que aprendas cómo mueren los hombres". El sacerdote agotó inútilmente sus instancias para que Vargas Torres se confesase.

El 19 de marzo, en capilla, escribió nuevamente a su madre: "Marcho a la eternidad: dos horas más y estaré en su seno, libre de mis verdugos... Querría guardar silencio sobre mi muerte, para que no se crea que un acto de venganza me im-

pulsa...Pero es imposible callar. la sociedad tenía derecho para inculparme semejante falta... No he cometido otro crimen que el de haber caído en manos de mis enemigos... Durante el Consejo de Guerra (los abogados) no pudieron desempeñarse mejor, pues...demostraron y probaron lo inconstitucional de la pena capital. ..Pero todo en vano: ni Mirabeau, ni Vergniaud, ni Gambeta, ni Castelar hubieran podido persuadir a esos parias o idiotas que, por la voluntad de un mozalbete de casino (Caamaño, sin duda), disponían a su arbitrio de la vida de un ciudadano... las horas vuelan y yo me acerco...Sé que todos mis compañeros de infortunio están tristes y desesperados con la terrible noticia de mi próxima muerte... Que no desmayen en el sagrado propósito de salvar la Patria... **¡Quiera Dios que el calor de mi sangre... enardezca el corazón de los buenos ciudadanos y salven a nuestro pueblo!”**

Satisfago la curiosidad justísima de los lectores: el plan de fuga se realizó. Pero, cuando ya se habían alejado del cuartel donde estaban los prisioneros, Vargas Torres detuvo su caballo y dijo a sus amigos que si no fugaban los otros, condenados sólo a presidio, Caamaño ejercería su venganza en ellos. Volvió, pues, a la cárcel y agotó argumentos para convencer al suboficial sobornado por sus amigos, y, como no obtuvo su asentamiento, se entregó a la muerte.

El domingo 20 de marzo de 1887, Luís Vargas

Torres fue pasado por las armas. No aceptó ser vendado. Dulcemente, apartó de sí al sacerdote. Vestido en traje negro, recibió la muerte con la mirada serena del héroe.

Un vulgar e infeliz comisario, de cuyo nombre no es menester acordarse, impidió que su cadáver fuese colocado en una caja mortuoria, e hizo que lo arrojasen, por impío, en una quebrada. Un generoso cuencano, Miguel Moreno (1), hizo dar cristiana sepultura al héroe del liberalismo redentor, que esforzábase por transformar nuestras viejas estructuras coloniales, de cuyos escombros, todavía activos, seguimos padeciendo los ecuatorianos.

(1) Es el gran poeta romántico cuencano, autor con Honorato Vásquez de “Los sábados de Mayo”.-N. del E.

AÑOS MOZOS

Por César Névil Estupiiián

Profesor, nacido en 1908
Autor de: Ritmos y Fulgores Marinos; Aquí como en Todas Partes; Independencia de Esmeraldas; Albores de Libertad y Nuestro Vargas Torres.

Esta noche la luna invita a soñar y amar. Al lado de Gertrudis, Vargas Torres se oLvidará de todo, Están juntos, muy juntos, los dos esta noche, viendo cómo se filtra la tranquilidad sobre los hombres y las cosas. Hablan de sus sueños. Tejen una maravillosa encajería de ilusiones. Dentro de poco van a ser el uno del otro para toda la vida ante Dios y ante los hombres. Ya a Gertrudis le han hecho el vestido de novia. Aunque su familia se oponga, Vargas Torres se unirá a esta mujer que el destino le ha tenido reservada.

Gertrudis se ha retirado del balcón y ha corrido a su habitación a ponerse el vestido que lucirá

el día de su boda, pues desea que Luís lo vea para que le diga que está bonito... Ya viene contenta . ..Una amiga que ha venido de visita, y que en la sala, la ve que sale ataviada como para las nupcias, le dice alarmada: — ¡Por Dios, Gertrudis!, ¿qué estás haciendo? Sácate ese vestido. ¿No sabes que es de mal augurio ponérselo antes de la boda? Pero ella no presta la menor atención. Se siente feliz. Y Vargas Torres también.

Reina gran entusiasmo. Las muchachas están ataviadas espléndidamente. Más de una de ellas quiere rivalizar con una rosa o con una estrella. Los jóvenes, después de cada pieza de baile, brindan...y brindan. Ya hace algunas horas que comenzó el baile. De momento se abre más el florón encendido de la alegría. Se rompe esa gruesa plan- cha de hielo que separa a las gentes en la vida cotidiana. Las muchachas insinúan sonrisas provocativas e incitantes. Con el codo sobre el brazo de la silla, inclinando a un lado la cabeza y apoyado la mejilla sobre la mano abierta, ensayan enigmáticas miradas que invitan.., a amar. Culto, atento, delicado, Vargas Torres hace las atenciones por igual a todas las damas. Y he aquí que una amiga que baila con él, le dice con picardía algo al oído. Vargas Torres se detiene a mirar. Es cierto que Gertrudis está atendiendo con marcada y preferente deferencia a Julio Concha. No cabe duda que está coqueteándole con un interesado miramiento. Parece ser verdad lo que han insinuado vagamente. Luís la invita a bailar y ella accede,

pero no muy complacida. A él le sorprende este cambio inexplicable... Y sigue observando... ¡Es cierto! ¿Qué enigma se encierra en el corazón de la mujer? ¿Es acaso un abismo en el que se pierde el alma, la vida misma del hombre? ¿Es ángel o es demonio?

Ahora Vargas Torres se va. No puede ser cierta la dicha con que soñaba. Por otra parte, su madre le ha escrito suplicándole que vaya a su lado. Le ha pedido a su albacea don Miguel Palacios que le liquide su herencia y que le entregue en efectivo lo que alcanza de ella. Ha tomado pasaje para Guayaquil. Desde la borda del buque contempla su tierra. Aquí ha dejado sus sueños, sus esperanzas, sus mejores ilusiones. Ahora se va en busca de otros horizontes, más anchos, más nobles, más altos. Ya estaba a punto de estallar. 1- ba a reventar como la fábrica... Ha roto con todo. Pero no ha dicho nada a nadie. ¿Para qué? Se ha guardado todo. El, que es un introvertido, se debate como un caracol. Les extraña a muchos esta determinación. Se va para olvidar. Y mientras la ciudad se aleja y le dice adiós batiendo desde la playa los verdes pañuelos de sus palmas de coco, este hombre permanece inmóvil, insensible al parecer, sobre la borda del buque... *Y* cuando la ciudad se pierde y cae apresurada la noche sobre la vastedad encrespada del mar, Vargas Torres sigue todavía inmóvil sobre la borda...Está enterrando una vida para dejar que nazca otra. Decide radicarse en Guayaquil. No sabe

en qué va a emprender. Pero sí que tiene que trabajar. Con un capital en el bolsillo, precisa que se dedique al negocio que mejor le parezca. Al fin, con don Domingo Avellaneda funda una sociedad comercial, que se denominará Avellaneda & Vargas T., instalando su negocio en los bajos de la Gobernación por el lado del malecón. Se dedicarán a la exportación de cueros de chivos y a la venta de cromos y otros pequeños objetos que importarán. Compran exclusivamente toda la producción de cueros de chivos. Controlan el mercado de este producto. Hacen buenos negocios. Su clientela es numerosa. Todos los clientes tienen confianza en la seriedad de la firma y en la honradez acrisolada de los socios. Sus relaciones van extendiéndose. Pasado algún tiempo, don Domingo Avellaneda, no deseando seguir en el negocio, ofrece en venta sus derechos a su joven socio. Liquidada la sociedad, el establecimiento llevará el rótulo de Luís Vargas T.

Hay un deseo vehemente de Vargas Torres por ensanchar su horizontes espiritual. Se dedica con afán al estudio. Tiene sed de cultura. Después que deja los libros que le indican cómo marcha sus negocios, corre en busca de los que le amplían el pequeño círculo de ideas que posee. Por las noches recibe, en su habitación, a sus profesores de literatura y filosofía que lo llevan por los jardines frondosos y floridos de la belleza y por los parajes sombríos y al parecer impenetrables de la meditación. Pocas veces se encuentra a un hombre en esta decidida y férrea actitud de

formación espiritual. Lee libros de todo género en su empeñoso afán de estructuración intelectual. Es un formidable autodidacta. Tiene predilección filosófica alemana y sus autores predilectos son Ernesto Haeckel y Karl Vogt, tenaces defensores del transformismo; Rodolfo Virchow, fundador de la patología celular; los materialistas Luís Büchner, Jacobo Molleschott, etc. Lee a Roberto Roberts y se entusiasma con "Historia de los Papas", cuya lectura recomienda a sus amigos. Admira a Castelar, a Gambetta, a Mirabeau por la macicez de su oratoria. Se aficiona por la Historia, sobre todo por lo relacionado con el origen de las religiones y las instituciones eclesiásticas. Se interesa por la astronomía, que llega a ser la ciencia de su predilección. Lee a Camilo Flanmarión asiduamente. La poesía sideral del conocido astrónomo francés le seduce. Busca afanosamente todo libro que trate de estos apasionantes temas. Por las noches se pasea por el malecón y se extasía contemplando el cielo estrellado; mira cómo los astros desgranan el chorro de plata de su lejana y misteriosa luz... Las maravillas del universo se desnudan ante las miradas ansiosas de este contemplador del mundo sideral.

Así Vargas Torres llega a poseer una cultura firmemente estructurada y una personalidad emancipada de los prejuicios imperantes en la época que le tocó vivir.

CIEN AÑOS DE LA INMOLACION DEL CORONEL LUÍS VARGAS TORRES

Por Jorge Hugo Rengel

Tratadista, profesor y magistrado, doctor en Jurisprudencia, Profesor de la Universidad de Loja, ex-Ministro de la Corte Superior de Justicia de Loja y de la Corte Suprema.

OBRAS: "Realidad y fantasía revolucionarias", "Crónicas y Ensayos", "La concepción sociológica del delito", "Anteproyecto de Código Pena]", "Anteproyecto de Código de Procedimiento Penal" y "Tratado de Criminología".

Hacia Noviembre de 1883, el General Eloy Alfaro se hallaba en sus cuarteles de invierno. Allá, en Panamá, en la tierra acogedora y noble que jamás negó al héroe ecuatoriano albergue, protección y estímulo.

Hasta allí llegó un joven esmeraldeño, de 27 años de edad. Venía de Guayaquil, con el propó-

sito de unirse a la Revolución que iniciara el General Alfaro en Montecristi, en 1865. Era Luís Vargas Torres que, según palabras del General Alfaro, “se presentó y le ofreció sus servicios personales y algunos miles de pesos que había traído para comprar armamento y abrir operaciones sobre Esmeraldas.” Un lustro después, Luís Vargas Torres, sería el Mártir del Liberalismo, al caer abatido en la ciudad de Cuenca, el 20 de Marzo de 1887, frente al pelotón que lo fusilara por orden del gobierno conservador que presidía José María Plácido Caamaño.

Al incorporarse a la Revolución Luís Vargas Torres aportó su juventud, sus recursos económicos y, acaso lo más significativo, su gran cultura humanista. Destacado exponente de la intelectualidad esmeraldeña de su tiempo, era, por entonces, un distinguido escritor y un brillante orador, cuando optó el camino heroico que lo conduciría a la inmortalidad.

El Coronel Luís Vargas Torres intervino en la campaña de 1883, que dio al traste con la dictadura del General Veintimilla; luego en la correspondiente a 1884 , que no alcanzó sus objetivos. Por esta razón, hacia 1885 la Revolución sufría una nueva diáspora. El General Alfaro se retiró a Centro América. Otros jefes también abandonaron el país. Solamente el pueblo continuó organizando montoneras por todos los ámbitos de la Patria para acosar al gobierno reaccionario y

mantener latente el espíritu de la gran revolución.

En 1885 el Coronel Luís Vargas Torres publicó en Lima, donde había hecho una pausa en el camino, un opúsculo titulado La Revolución de 1884.

El 6 de Marzo de 1886 arribó a Lima el General Eloy Alfaro para reiniciar la Revolución. Cumpliendo las órdenes de éste, el Coronel Luís Vargas Torres partió hacia la Patria, cruzando la frontera en Noviembre de dicho año, para realizar lo que se conoce en la historia como Campaña del Sur o Campaña de Loja.

En el sur de la provincia de Loja esperaba a Luís Vargas Torres una fuerza irregular de 300 hombres, con la cual planificó, primeramente, atacar la plaza de Celica en la que, a la sazón, se encontraba el Coronel Antonio Vega, al mando de una fuerza gubernamental, encargada de controlar la frontera con el Perú. Mas, al conocer que Loja estaba virtualmente desguarnecida, el Coronel Vargas Torres avanzó sobre ella, y, tras breve combate, la ocupó el 10 de Diciembre de 1886.

El Coronel Vega, al mando de las columnas Azuay, Piedrahita y Vencedores, luego de vencer la débil resistencia de las tropas de Vargas Torres, tomó la ciudad de Loja el 7 de Diciembre.

El Coronel Vargas Torres cayó prisionero con 26 oficiales y 42 hombres de tropa. Conducidos a Cuenca se inició contra ellos el correspondiente Consejo de Guerra, el 4 de Marzo de 1887.

"En honor a la equidad, este Alto Tribunal comunica al reo, que cualquier cosa que alegue en defensa suya, será interpretada como presunción de culpabilidad". Con un principio de tal guisa, ¿qué garantía podía tener el derecho de defensa? ¡Así ocurrió! Los Coroneles Luís Vargas Torres, Pedro José Cavero, Filomeno Pesántez y Jacinto Nevares, fueron condenados a la pena capital. Posteriormente, el Presidente de la República conmutó la sanción a favor de los tres últimos y la confirmó respecto a Vargas Torres.

Cabe destacar un hecho significativo, que demuestra, la barbarie imperante en la República en tiempo de los conservadores: la pena de muerte impuesta al Coronel Luís Vargas Torres conllevó la privación de sepultura, como en las más obscuras épocas de la historia. "Su cadáver fue arrastrado, como el de un perro, por no haber querido confesarse, y arrojado a una cloaca, en las afueras... ", según el testimonio del historiador Roberto Andrade.

A los cien años de la inmolación del Coronel Luís Vargas Torres, podemos proclamar que su sangre no se derramó en vano. Que la memoria de su vida impoluta y noble sacrificio viven en el

corazón y el recuerdo de su pueblo altivo y digno que mantiene la guarda de los principios e ideales demoliberales del siglo XVIII, sin cuya consolidación no se puede alcanzar la meta de una sociedad humanista, libre de la explotación del hombre por el hombre.

La Revolución del 5 de Junio de 1895 estableció la Segunda República en base a la Declaración de los Derechos del Hombre y el ciudadano del 25 de Agosto de 1789, y a los principios democráticos y liberales imperantes en los Estados hispanoamericanos de fines del siglo XIX. Esta Revolución abrió una nueva época en la Historia Nacional.

ASI MATARON A VARGAS TORRES

Por Alejandro Carrión

Escritor y periodista nacido en 1915.- Premio "Tobar", Premio "María Moors Cabot", Premio "Leopoldo Alas, Clarín" y Premio Nacional "Eugenio Espejo".
Miembro de la Academia Ecuatoriana de la Lengua.

OBRAS:
Poesía: "Poesía, primera jornada" y "Poesía, segunda jornada".

Novelas y Cuentos: "La manzana dañada", "La llave perdida", "Mala procesión de hormigas". "Divino tesoro", "Muerte en su isla", "Una pequeña muerte", "La otra orilla", "El hueso de aceituna". "La espina".

Otros libros: "La otra historia", "Galería de retratos", "Esta vida de Quito...", "El Ocioso en Faenza", "Gana de hablar", "Los caminos de Dios", "Los compañeros de don Quijote", "En el reino de los golillas ", "La pavimentación del infierno" y "Nuestro Simón Bolívar"

En la celda, el joven Coronel, alto y cenceño, enjuto, apenas de treinta y dos años, estuvo durante la noche paseándose, sin poder dormir. El centinela lo vigilaba por la mirilla de la angosta por

tezuela, y es posible que ese ir y venir incesante, que ocupa la noche entera, lo hubiese empujado al sueño si no fuese porque bien sabía que el joven Coronel estaba condenado a muerte y que iban a fusilarlo a la precisa hora de alzar la Hostia en la misa de ocho, frente a la puerta mayor de la Catedral, a la vuelta misma del alba próxima. Cuando se ve ir y venir, a lo largo de la noche larga, en su celda última a un condenado a muerte, no se puede dormir.

Después del segundo canto del gallo, el joven Coronel dejó de pasearse y se puso a escribir. En la tosca mesa había abundante papel sin raya, un tintero y una gruesa bujía, cuya llama se inclinaba empujada por el airecillo colado por la portezuela, por donde se colaban también los ojos del centinela.

Escribió primero una carta a su madre. Luego, solamente tres líneas sobre una tarjeta, despidiéndose de su hermana Teresita. ***Y*** después un largo manifiesto, dirigido a sus conciudadanos. Lo tituló “Al borde de mi tumba.” Quería que todos supiesen por qué lo fusilaban. Había aceptado voluntariamente la muerte, negándose a fugar, negándose a firmar un memorial pidiendo perdón. Quería que todos supiesen por qué aceptaba la muerte, apenas a los treinta y dos años. El alba llegó cuando comenzaba la última hoja de su manifiesto. Los carceleros estuvieron gentiles. Le quitaron los grillos la última noche, pa-

ra que diese rienda suelta a sus nervios yendo y viniendo. Le permitieron escribir cuanto quisiera. Le ofrecieron entregar sus cartas... y lo cumplieron! Verdad es que el jefe de los carceleros, el Teniente Coronel Jorge Landívar, había sido ayer no más su compañero de armas, cuando se alzaron para derrocar la dictadura de Veintimilla.

Cuando terminó de escribir se acercó a la mirilla y le pidió al carcelero que llamase a Landívar. Y éste, que acudió presuroso, con las ojeras de la mala noche, recibió conmovido su abrazo, agradeciéndole sus últimos, inapreciables servicios, y las cartas y el manifiesto y, además, tomándolos del pie de la cama, donde estaban ominosamente amontonados, sus grillos. “Ellos dijo — han sido los compañeros de mi prisión... Mi madre está de viaje para acá . entrégueselos.. dígale que son mis últimos recuerdos”.

Con esto, sus preparativos estaban terminados. Podía ya morir. Pero quienes lo mataban no lo creían así. Y como no lo creían, se abrió la puerta y entraron a la celda dos sacerdotes, uno, clérigo secular, otro, padre dominicano. Las últimas horas, las más preciosas, iban a dilapidarse, pues, en un inútil forcejeo: los sacerdotes presionándolo a reintegrarse a una religión que ya nada decía a su alma, y él rogándoles que lo dejaran tranquilo, que no le robaran esos últimos minutos, que son sagrados y que deben dejarse al mo-

ribundo para que los agonice a solas consigo mismo.

Fuera, en la Plaza Mayor, caía del nublado cielo una sutil llovizna, compuesta de cruel e impalpables agujillas de hielo.

Grupos de curiosos, adormitados, aún con el sueño pesado sobre las pesadas pestañas, iban apiñándose, tímidos, con el alma oprimida, obsesionados por aquello tan terrible y tan irremediable que iba a ocurrir.

La plaza estaba cercada por una honda zanja, recién abierta para fundir los cimientos de una nueva catedral. Sobre los montones de tierra a su vera se subían los curiosos.

La tropa, en silencio, fue saliendo del cuartel. Era aquel el domingo de pasión, 20 de marzo de 1887. Si hubiese sido un domingo cualquiera, los hombres uniformados habrían oído la misa al mediodía. Pero como se trataba de un domingo sin igual, debieron madrugar y oír la misa antes del alba a la hora en la que el que iba a morir estaba en su celda, escribiendo aún la última página del largo manifiesto que rotulo “ Al borde de mi tumba”.

Al salir de la misa, los soldados fueron formando un cuadro, enmarcando la plaza, para estar entre el pueblo y el condenado a muerte. A poco, Ile-

garon los niños con sus maestros, tiritando, y se los alinéo tras de los soldados, inmediatamente después de las bayonetas brillantes, sobre la zanja destinada a los cimientos de la catedral nueva, aprovechando los altos montones de tierra, en tal forma que los pequeños pudiesen ver cómodamente lo que iba a pasar. Era necesario que no perdiesen un detalle, para que desde su tierna e- dad supieran lo que cuesta atentar contra el Gobierno ... y perder.

De pronto, un estremecimiento fácilmente perceptible sacudió a todos: a los niños, a los soldados, a los sacerdotes y a los curiosos, que estaban apiñados sobre la tierra removida: del portón del cuartel, vestido de negro, pálido, con los labios apretados, en medio de dos sacerdotes había salido el joven Coronel.

Una escolta numerosa lo rodeaba. Precedíalo la banda de guerra que marcaba el paso con trompeta y tambor destemplado: el terrible son que acompañaba a los condenados a la última pena. Iba la escolta con las armas a la funerala.

Eran las siete y veinte minutos de la mañana. Comenzaba en la Catedral la segunda misa. En el instante en que se alzara la Hostia las balas le darían muerte al joven Coronel.

Todos lo miraban: marchaba con paso firme, sin vacilar, sin apoyarse en los sacerdotes que le

iban hablando, mientras él apretaba cada vez más los labios. Llamaba la atención cuán alta y arrogante llevaba la frente. Sobre ella, un fino jipijapa, su característico “manabita”, el que solía llevar en los combates.

La escolta era del Batallón Azuay y la mandaba el Teniente Coronel Enrique Sigüenza.

Habían caminado cincuenta pasos desde el portón del cuartel cuando dieron el alto. La voz que lo dio sonó extraña, siniestramente fría, húmeda, como la mañana sin esperanzas de sol. Era la voz del Auditor de Guerra, doctor Mariano Vidal, que ordenaba silencio para que todos lo oyeran leer la sentencia de muerte.

Lo hizo. Era su voz fría y gris, la voz misma de la muerte sin piedad. No parecía la voz de un hombre, cualquiera diría que no brotaba de una garganta humana, sino de una máquina terrible. El Coronel la escuchó inmóvil, con la mirada más allá de ese escenario cuidadosamente preparado.. - con la mirada puesta más allá de la vida. Terminada su lectura, el Auditor alzó la vista sobre el pueblo y anunció:

— Va a procederse a dar cumplimiento a la sentencia de pena capital en la persona de Luís Vargas Torres. Se hace presente que quien protestare correrá igual suerte.

Hubo entonces un silencio más grande que la plaza. Nadie respiraba. Los niños parecían haberse esfumado. El Coronel estaba abstraído, y el blanco jipijapa brillaba sobre su cabeza, alta y orgullosa. De pronto, subió al cielo nublado un sollozo que brotaba en todas las gargantas, de todos esos hombres, de todos esos niños. El joven Coronel movió vivamente la cabeza. Alzó los ojos y vio en el balcón del cuartel a sus compañeros de prisión, los que pidieron el perdón, que habían sido llevados a que lo viesen morir. Su rostro se animó: algo que podía ser, acaso, el comienzo de una sonrisa distendió sus labios apretados. Se sacó el jipijapa, lo agitó en un saludo de suprema elegancia y dijo, con una voz que penetró hasta las almas como un puñal agudo:

— Compañeros: ¡hasta la eternidad!
Y volviéndose al Teniente Coronel Sigüenza:
— ¿Dónde debo colocarme?

El oficial no encontró dentro de su garganta voz alguna. Con la espada, ya fuera de su vaina para mandar la descarga mortal, señaló el cuarto arco de la Casa Municipal, exactamente al frente de la puerta mayor de la Catedral, donde se acercaba el terrible y sacrosanto momento de alzar la Hostia: el momento en que se fundirían, en la gris mañana, la Eucaristía y la muerte.

Entonces se le acercaron los sacerdotes, primero el dominicano, luego el secular.

— Es tarde para discutir, reverendos — les dijo, con una voz ligeramente cansada. Y volviéndose al oficial:

— Terminemos de una vez.

Se podía oír a sus compañeros, allá arriba, en el balcón, gimiendo sordamente. Emitían un gemido ronco que descendía a la plaza y se arrastraba a través de ella, prendiéndose con las uñas directamente sobre los corazones.

— Retírense, padres — dijo el Teniente Coronel: era la primera vez que se le oía.

Los sacerdotes se retiraron, con las cabezas derrumbadas sobre el pecho, arrastrando trabajosamente su derrota.

El oficial tuvo entonces su trago amargo. La orden que debía cumplir incluía el horrendo trance de degradar al Coronel. Se suponía que, al rebelarse, había traicionado. Debía, en consecuencia, ser fusilado de rodillas, y las balas debían penetrar por la espalda.

— Sírvase arrodillarse dando la espalda al pelotón — dijo el oficial, y las palabras se le negaban a salir de la boca. Se sentía el sufrimiento de ese hombre.

El Coronel respondió, con una voz clarísima que atravesó el aire como una flecha pura:

Yo, ¿arrodillarme? ¿De espaldas?

Y se le encendió el rostro. Luego, con una nueva voz, que tronaba el espacio, sobrecogiendo a todos:

—- No! ¡No! ¡El fuego se recibe de frente!

El oficial comprendió que era imposible cumplir aquella orden cruel.

Y volviéndose bruscamente tierno, casi implorante, con la voz quebrada de los hombres que no saben llorar:

-Por lo menos permítame vendarlo.

El Coronel contestó con una voz tajante, como el disparo de una pistola:

— ¡No!

Y se preparó para morir: cuadró tos pies en posición de firmes, cruzó sobre el pecho los brazos, miró al frente y esperó.

Faltaban veinte minutos para las. nueve. Se oyó claramente, como si fuese la misma muerte que llegara, la campanilla que dentro de la Catedral anunciaba que la Hostia se alzaba por primera vez. El oficial, con los ojos cerrados, bajó la espada. Se oyó una descarga. En el silencio absolu-

to se esparció un alarido que partía de un centenar de bocas. Era el pueblo, que comenzaba su duelo. Quienes tuvieron fuerza suficiente para mantener abiertos los ojos pudieron ver cómo, al recibir la descarga, el joven Coronel saltó ligeramente y luego se inclinó hacia adelante, cayendo sobre el costado izquierdo en el duro empedrado de la plaza. El oficial se acercó, le hurgó el cuerpo con la espada y llamó al sargento para que le diera el tiro de gracia.

Este último disparo ya no lo oyó nadie. Para que no lo oyesen, y para que no se oyera sollozar al pueblo, se había ordenado a las bandas militares tocar aires marciales.

LA GESTA DE VARGAS TORRES

Por Jorge Salvador Lara

Doctor en Jurisprudencia, nacido en 1926. Profesor de la Universidad Católica, Director de la Academia Nacional de Historia, Miembro de la Academia Ecuatoriana de la Lengua y ex-Canciller de la República.

Autor de Semblanza apasionada de Isabel la Católica; La documentación sobre los próceres de la Independencia y la crítica histórica; El pensamiento social en los pueblos antiguos; Introducción a la historia de la Sociología; La Patria Heroica; Ensayos críticos sobre la Independencia; Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores; Discurso del Canciller Salvador Lara; Voces del alma en fuga; Cuaderno del combatiente; Testimonio; Escorzos de Historia Patria; Apuntes rara la historia de las ciencias en el Ecuador; La República del Ecuador y el Gral. Juan José Flores; La Revolución de Quito, 1809 - 1822 e Hitos y Pregones.

A lo largo de 1885, siguiendo las instrucciones de Alfaro, las montoneras vuelven a estallar en el Ecuador. Hay combates en Rocafuerte, Montecristi, Palestina, Guabito, Cerro de Burros, Vinces, Las Cruces (Colimes), Quevedo, San Antonio (Chone), Esmeraldas, Palenque, Daule,

Balzar, Jipijapa, El Angel, Yaguachi y Celica. Pero la gran ambición del caudillo radical, por esta época, es realizar una invasión armada al Ecuador por la provincia de Loja. Para ello confía en el apoyo del presidente del Perú, Gral. Andrés Avelino Cáceres, y cuenta con el valor, decisión y empuje del joven coronel Luís Vargas Torres, expatriado como él en Lima.

Este valiente partidario de la causa liberal había nacido en Esmeraldas en 1855 y se había educado en el Seminario de Quito. Muy joven se dedicó a los negocios en Guayaquil y allí se vinculó con sectores radicales del liberalismo jacobino. Cuando Alfaro comienza a organizar en Panamá la lucha contra Veintimilla, Vargas Torres liquida su negocio, viaja a unirse con él y le facilita dinero para la empresa. En enero de 1883 está de vuelta en Esmeraldas, subleva la ciudad y llama a Alfaro, a quien acompaña fielmente en toda la campaña de 1883 contra la dictadura. Toma parte en el asalto a Guayaquil del 9 de Julio, Alfaro le concede como Jefe Supremo al grado de Coronel efectivo. Posteriormente Vargas Torres concurre a la Convención Nacional como diputado y allí es reconocido su grado militar junto con el los otros jefes liberales. Cuando Alfaro comienza a organizar la revolución de 1884, el Crnel. Vargas viaja de nuevo a Panamá y aporta todos sus haberes militares, tomando parte en ella según hemos relatado en otros artículos. Derrotados, Vargas Torres queda cubriendo la retirada de Al-

faro cuando éste huye hacia Colombia. Luego viaja a Urna y allí se le reúne poco después don Eloy, su jefe. Hombre lleno de talento, espíritu heroico, decisión y virilidad, Vargas Torres había perdido, sin embargo, la fe cristiana, y, aunque deísta, llegó a profesar un virulento sectarismo antirreligioso y anticlerical que le llevó, al fin, a afiliarse en Lima a la Masonería en la Logia "Orden y Libertad."

Cuando Alfaro le propone dirigir la invasión al Ecuador, Vargas Torres acepta gustoso y sale hacia la frontera. En Piura pasa cinco días preso por gestiones del Gral. Francisco X. Salazar, plenipotenciario del Ecuador en Lima. Puesto en libertad, cruza la línea fronteriza, llega a Catacocha el 18 de noviembre de 1886 y proclama enseguida la Jefatura Suprema del Gral. Eloy Alfaro. El 2 de diciernbre asalta Loja, en ataque sorpresivo y audaz, a las cinco de [a mañana, que después de tres horas y media de combate culmina con el triunfo de los revolucionarios. Sin embargo, cinco días después, el 7, el Crnel. Antonio Vega Muñoz, con 200 hombres, reconquista Loja para el Gobierno Constitucional presidido por Caamaño. Vargas Torres cae prisionero y con él 26 oficiales y 46 soldados (Loor, 1258) luego de un combate de cinco horas.

Al punto son llevados los prisioneros a Cuenca donde actúa como comandante de la plaza el Cruel. y Dr. Alberto Muñoz Vernaza. El 4 de e-

nero de 1887 se instala el Consejo de Guerra para juzgar a los prisioneros. Nombran éstos a sus defensores a excepción de Vargas Torres, por lo que debía el Tribunal nombrar Defensor de Oficio, pero no lo hace. El joven jefe cautivo, gallardamente, hace su propia defensa acusando al Gobierno y exponiendo los puntos de vista de su partido. Los abogados de los otros acusados piden la postergación de la audiencia por no haber dispuesto sino de 24 horas para organizar la defensa; señalan la irregularidad de la actuación del Cmel. Farfán como vocal del tribunal y recusan a otros tres vocales, aduciendo, en resumen, cinco irregularidades, suficientes para anular el juicio, pero el Auditor de Guerra rechaza el pedido de postergar la audiencia, que prosigue sin que haya un procedimiento sobre las irregularidades. Al fin del sumarísimo y controvertido proceso, el tribunal condenó a muerte a Luís Vargas Torres y a sus oficiales Pedro José Cavero, Jacinto Nevares y Filomeno Pesántez, y de entre los soldados a uno, sorteado al azar, mala suerte que recayó en Manuel Piñeiros (Pérez Concha, 143). No hubo unanimidad en la votación de los vocales: uno de ellos, el mayor Mariano Vidal, se pronunció contra la pena de muerte por estar prohibida en la Constitución de 1884 para los delitos políticos; pero los otros seis vocales, de los cuales tres habían sido recusados y uno estaba impedido, votaron por que se aplique la pena de muerte prevista en el Art. 117 del Código Militar, que debía haber sido reformado para ponerlo de acuerdo con la Carta Fundamental.

Los demás condenados solicitaron al presidente Caamaño la conmutación de la pena, pero Vargas Torres se negó a pedir esa gracia: “Siempre he creído indigno de un hombre — dijo — implorar el perdón del enemigo”. Dos abogados suscribieron entonces esa solicitud sin que él lo supiese. En el Consejo de Guerra el Gral. Sarasti, Ministro de Guerra, se pronunció contra la ejecución de Vargas Torres, pero aquel organismo sólo se pronunció favorablemente respecto a los condenados Pesántez y Piñeiros, mas no de Vargas Torres, Cavero y Nevares. Posteriormente extendió también su pronunciamiento a favor de estos últimos, por lo que la pena de muerte quedó sentenciada sólo para el coronel esmeraldeño. El 2 de marzo el presidente Caamaño conmutó la pena de muerte de los cuatro condenados y dispuso el fusilamiento de Vargas Torres.

Este, desde su prisión, escribió serenas cartas a su madre, firme eso sí en sus ideas políticas. Reacio a solicitar gracia personalmente, los doctores Luís Cordero y Rafael Arízaga obtuvieron al fin el 11 de marzo que firmara un escrito: lamentablemente Muñoz Vernaza, Comandante Militar de Cuenca, demoró hasta el 18 el envío a Quito de esa solicitud. Mientras tanto se había preparado el 15 la fuga de Vargas Torres; en efecto, escapó él, hasta la calle, pero volvió sobre sus pasos para no abandonar a sus compañeros presos. El 16 se trasladó al prisionero del cuartel del Batallón No 3 al de la columna “Azuay”,

y el 20 de marzo de 1887, a las 8 y 40 a.m., fue fusilado en la Plaza Mayor de Cuenca. Tenía 32 años. No accedió a confesarse. La víspera había escrito la última carta a su madre y un mensaje para la posteridad, — "Al borde de mi tumba" — que terminaba diciendo: "Quiera Dios que el calor de mi sangre que se derramará en el patíbulo enardezca el corazón de los buenos ecuatorianos y salven a nuestro pueblo. "Poco antes de morir, tranquilo y seguro de sí mismo, saludó con su sombrero jipijapa a sus compañeros de prisión que le miraban con lágrimas desde una celda. Murió como un valiente, de frente, a pie firme, sin aceptar que le vendaran los ojos.

La solicitud que había firmado llegó a manos de Caamaño después del 20; pero el propio 18 el Crnel. Muñoz Vemaza le avisó telegráficamente el envío. Nada resolvió sin embargo el Presidente, quizás porque el 19 festejaba su onomástico,

El Dr. Miguel Moreno, humanitariamente, enterró el cadáver de aquel héroe en la quebrada de "Supay — huayco", junto al cementerio de Cuenca.

La gallarda figura de Vargas Torres no puede sino sobrecogemos y admiramos. Es un auténtico mártir de sus ideas, su quijotismo, su empecinamiento - No dio su brazo a torcer. No claudicó. Que aquel Dios en quien creía haya sido misericordioso con él.

FUE UN ASESINATO

Por Francisco Acosta Yépez

Abogado, periodista y político. Ex- Ministro de Relaciones Exteriores. Este artículo se publicó en "El Comercio", de donde lo reproducimos, omitiendo dos párrafos finales, que se refieren a hechos de la política actual y no al tema. N. del Editor.

Este año de gracia de 1987 se cumple el primer centenario del asesinato político del General Luís Vargas Torres. Fue fusilado en Cuenca el 20 de marzo de 1887.

La Constitución Política que regía en ese año prohibía la pena de muerte por todo delito, con la sola excepción del asesinato y el parricidio y aún para esos casos podía obtenerse la conmutación de la pena por la de reclusión mayor extraordinaria de hasta 16 años, si el Presidente de la República la concedía con anuencia del Consejo de Estado.

Luís Vargas Torres fue tomado preso en Loja con un considerable número de revolucionarios liberales.

El Consejo de Estado dio informe favorable para conmutar la pena de muerte a todos los condenados con excepción de Vargas Torres, Jacinto Nevares y Pedro José Cavero.

El presidente de la República, José María Plácido Caamaño, concedió la vida de todos los condenados con la única excepción de Vargas Torres y en el mensaje que leyó ante el Congreso, al referirse a este asunto, dijo: “Pero ésta (la conmutación) no pudo extenderse a Luís Vargas ‘forres, que declarado como principal cabecilla de la invasión de Loja, se resistió a implorar clemencia con oportunidad...”.

Para Caamaño era necesario implorar, suplicar de rodillas, envilecerse en todo sentido y, además, con oportunidad.

Ese era hace cien años, el criterio de la autoridad en el Ecuador. Lo que diga la Constitución no tiene la menor importancia. Se echa mano simplemente de una “ley secundaria especial ad— hoc, se la interpreta y se manda que los revolucionarios sean juzgados militarmente, sea de la clase que fueren”. Así se expresa el insigne historiador Luís Robalino Dávila en “Los Orígenes del Ecuador de hoy”, Tomo VI página 167.

Es tremendamente increíble la desmesurada prepotencia del presidente Caamaño en su mensaje: como Vargas Torres no imploró clemencia, a él sólo le mandé a matar y perdoné a todos sus compañeros revolucionarios.

Entre unas cuantas fotografías viejas que tengo hay una de la procesión de Viernes Santo que pasa por la calle García Moreno, en la Plaza de la Independencia; en esa fotografía antigua se ve con prístina claridad al presidente Caamaño, vestido con elegante frac y cargado sobre su hombro derecho una enorme cruz.

Eran otros tiempos, otras costumbres, otros sistemas, pero en el fondo, queridos lectores, la iracundia ha sido y es el favorito medio de mandar.

VARGAS TORRES ENLA POESIA

A VARGAS TORRES

Por César Borja

Doctor en medicina, famoso poeta, eximio traductor del francés, nació en 1852 y falleció en 1910.

Autor de: Flores Tardías y Joyas Ajenas; Madre Patria; Paisajes y Recuerdos.

Hasta el destierro, el funeral tañido,
desde el triste bronce que en la Patria suena,
denunciando tu muerte, ¡noble Mártir!,
a conmover mi espíritu ha venido.
Y *al grito de dolor, de encono justo,*
que, ante la faz *universal, condena.,*
a eterno oprobio al matador injusto,
se une mi débil voz ya los acentos
de mi enlutada lira,
que riego con mi llanto,
la musa celestial que Dios inspira
te entona, ¡ilustre Víctima!, su canto.

Y tú, llorado Luís, ¡Oh! cuán intenso
dolor sufrir debiste. Qué pensabas
cuando solo, indefenso,
como Jesús, al Gólgota, marchabas
a recibir de la venganza impía
muerte alevosa, meditada y fría?
Quién tu dolor inmenso,
tu pensar triste comprender podría?
Mas no. Quizás tu alma,
cuando ya caminabas en la vía
que te condujo al fúnebre calvario,
hacia el valle apacible de la calma
que te iba a recoger ... Quizás no quiso
del sereno campo del Paraíso,
la mirada volver hacia el Osario
que guardaba tus míseros despojos,
y, en tránsito feliz del Mundo al Cielo,
antes voló que el plomo te postrara
desangrado y exánime en el suelo.

"Gloria eterna a tu nombre!" en la montaña
respondieron los ecos al bramido
del alevoso acero,
cuando, con débil pulso mal certero,
disparó el soldado siete veces
sobre tu pecho de valor henchido.
Y hondísimo alarido
lanzó la multitud horrorizada
• cuando tu cuerpo noble
se desplomó, como lozano roble

que el hacha fatigada
del leñador derriba.
Y gimió el suelo y de la roja charca saltó tu sangre y oprobiosa marca puso en el rostro del feroz Escriba.
Yla Patria lloró, lloró la Historia
y con sus palmas te cubrió de Gloria.

A VARGAS TORRES

Por Rafael A. Palacios

Coronel de la alfarada, cayó preso junto nl Coronel Luís Vargas Torres, tras la derrota de las huestes liberales en Loja, el año 1887. Dejó algunos libros de poesía y ensayos, que ojalá el tiempo no haya sepultado.

Nació en Esmeraldas en 1.864 y murió en la misma ciudad en 1.953.

.

Yo te vi. marchar sereno
al lugar del sacrificio
y presencié tu suplicio
de orgullo al mirarte lleno.
Caer te vi como bueno
de la bala al golpe duro
cuando en tu pecho desnudo
el plomo cobarde y ciego
e a derretirse en el fuego
que llevar en sí no pudo.

A través del tiempo abarco los sucesos de aquel
día, tu martirio, tu agonía
y de sangre el rojo charco, la columna de aquel
arco al pie de la cual rendiste tu existencia al eco
triste de la marcha funeral,
la despedida triunfal
que a tus compañeros diste.

De pie, fija la mirada,
escuchaste la sentencia y serena tu conciencia
por delitos no manchada; la multitud apiñada
en torno tuyo escuchando ese decreto nefando,
decreto de pena a muerte, y yo tu traidora suene,
tu negra suerte llorando.

Sollozos entrecortados y gritos desgarradores
apagaron los tambores
con redobles destemplados; desfilaron los
soldados, se extinguieron los gemidos, llegaron a
mis oídos
como fúnebres lamentos,

de los bronces los acentos en la atmósfera perdidos.

Y *después ya nada miro,*
el llanto nubló mis ojos
sobre tus yertos despojos. Pasó el tiempo en nuevo giro, sé que el postrimer suspiro exhalad o
aún no lo había la materia inerte y fría
que en el suelo descansaba porque la vida
luchaba con la muerte todavía.

Diste el aliento postrero
cuando un plomo temerario un soldado mercenario a tu pecho envió certero.
!Basta! Recordar no quiero escena tan horrorosa.

Ya, cadáver, una fosa
los mismos, Luís, te negaron que caridad predicaron
bajo farsa religiosa.
De una religión al nombre que se llama santa y pura
te negaron sepultura,
último lecho del hombre.
Oh, caridad, no te asombre
que en su homenaje haya dado

a un Cristo crucificado
un sepulcro el cruel judío.
y un pueblo cristiano y pío
se lo haya a un mártir negado.

Supiste exponer tu vida
en los campos de batalla; no temer a la metralla
ni a la ¡'ala fratricida,
pero tu patria no olvida
que con tu sangre regaste la tierra que tanto
amaste y por siempre floreciera para que digna
se hiciera de aquello por que luchaste.

Y tu nombre ella lo invoca
y lo repite la ola
de la mar inmensa y sola
al chocar contra la roca,
la espuma que viene y toca
de arena las fuertes vallas,
las ondas del manso Guayas
y el viento que libre azota,
el barco que cual gaviota
surcando arriba a sus playas.

Te nombran los huracanes
cuando furiosos, bramando
tramontan amenazando

las cumbres de los volcanes;
no del tiempo los desmanes
futuras generaciones
no mancharán con borrones
tu inmortal y limpia gloria,
timbre serás de la historia
y orgullo de las naciones.

De ese sol que brilla ardiente
del espacio en lo infinito,
un rayo tu nombre ha escrito
del alto Azuay en la frente;
allí la futura gente
con razón te admirará,
tu muerte recordará,
y la Patria en su pujanza
a sus hijos la venganza
sin duda aconsejará.

LUÍS VARGAS TORRES

Por Pablo Hanníbal Vela

Escritor, nacido en 1.891 y fallecido en 1968. Senador por la Prensa, poeta laureado.
Autor de: Arca sonora, El árbol que canta, Ante las ruinas de Ambato, El agua dorada y Lo que no dijo Esopo.

Allá en el noroeste ecuatoriano,
donde el mar se dijera un cielo de agua;
allá, donde el zafiro de agua y cielo
se funde en la ilusión de la distancia;
allá la tierra es una verde selva,
que por verde parece una esmeralda.
Esa es la cuna autóctona del Héroe,
la tibia cuna, que meció la Patria:,
bajo la sombra de ágiles pambiles,
al arrullo del mar, una mañana.
Hacía falta que la selva virgen
su aliento diese a la verdad más alta,

la verdad de nacer, para la hombría,
cuando la Historia irrevocable manda;
y la tierra fue madre, por la madre,
que estuvo ya, para él predestinada;
El hijo, lo sabéis, Luís Vargas Torres,
y su madre, Delfina, la de Vargas,
aquella, cuyo horóscopo decía;
LE DA RAS A LA PATRIA CINCO ESPADAS...

Luís Vargas Torres, su primer acero,
viva, pues, con su espada, en cien hazañas, y
muere, como acero, en una muerte,
que lo resucitó por ser gallardo...
Todo ocurrió en tiempos de la Sombra,
cuando hablar de la Luz era una audacia y
encenderla un peligro temerario,
lo mismo en el papel, que en la palabra;
todo pasó en los tiempos del Silencio,
cuando un crespón ceñía las gargantas,
cuando estaban de luto las ideas
y eran distintas Libertad y Patria.
Entonces fueron como tres hermanos
la Tiranía, el Dogma y la Ignorancia;
en la noche se oían las cadenas,
idioma de las épocas esclavas
y, en el amanecer, algún patíbulo;
después de resonar una descarga,
nos daba un muerto más, para esta historia,
donde fueron iguales hostia y bala;
entonces Dios no estaba en los altares

ni era la cruz una señal cristiana;
Dios estaba en patíbulos y cárceles, sólo al servicio de la Ignorancia;
un muerto más era un rebelde menos, y los rebeldes no tenían Patria.
Así, la Iglesia relajó sus dogmas
y el Evangelio su verdad sagrada.

iCuántos odios, destierros y confinios! ¡Cuántas *páginas húmedas en lágrimas! ¡Cuánta sangre vertida en cien combates y en los fusilamientos, que nos manchan! En medio del terror y del cadalso,*
la paz era el silencio de las almas,
la Libertad de Cultos, herejía,
la de Imprenta, una antorcha secuestrada;
nadie podía conocer un libro,
sin licencia oficial, sin la eclesiástica.

¡Libertad, Libertad, bendita seas!
Los que fuimos y somos de tu causa, los que hemos combatido a los tiranos, los que sabemos quiénes te suplantan, los que hemos padecido tus eclipses en las horas de falsa Democracia,
podemos exclamar ¡Cuánto nos cuesta
vivir en la verdad de tu palabra!
¡Cuánta sangre regaron nuestros padres
y cuánta más se regará mañana!

En aquel escenario, Vargas Torres
cobra la altura que le exige el drama;
allí su juventud, valor y hacienda,
la singular hombría de su audacia;
allí; la convicción de sus ideas,
con esa fuerza intrépida y mesiánica,
que es propia de los grandes poseídos,
para el rojo milagro de la hazaña;
allí, el clarín de su garganta libre,
sonando en la verdad de sus proclamas;
allí, la fe *de su palabra se descaiga;*
allí; la persuasión de su Destino
y la razón heroica de su espada;
por eso, donde está, se admira al Hombre;
donde suena su voz arde una llama
y donde van sus huestes combativas
hay un ciclón que barre la hojarasca.

Era de aquella juventud de hierro,
de las famosas épocas alfáridas
cuando era el Ideal un estandarte,
alzado al viento, en esplendor de marcha,
y ningún estandarte, servilleta
de intereses bastardos ni migajas.
Después... vino el ocaso para el Mártir:
un día cae prisionero y se halla,
como un león que ruge y forcejea,
queriendo — en vano — destrozar su jaula;
un Consejo de Guerra gobiernista
lo condena a morir de una descarga;

el Héroe está en capilla, firme y digno,
allá, en la dulce Capital morlaca;
que se retracte ansían y que pida
perdón, por su insurgencia libertaria.
Pero Luís Vargas Torres nunca hará eso:
UN HOMBRE NO SUPLICA NI SE MANCHA.

La vida no se pide a los tiranos:
la muerte, que nos honra, es vida larga;
vivir. para la tierra, es pobre vida;
vivir, para el Espíritu, es vida alta;
vivir, no es una transacción cobarde;
porque es la Historia quien después nos mata.

Así, cayó. Su vida es un ejemplo
de Pensamiento, Juventud y Espada;
pero es, a un tiempo, acusación severa:
las cenizas también tienen palabra.
Allá, en la cuna del Liberalismo,
en la ciudad de Guayaquil, se hallaban,
medio siglo, sus Restos en descanso,
y vuelven hoy, triunfantes a Esmeraldas,
bajo el azul de un cielo que se funde
con el azul del mar a la distancia.....
¡Benditos sean todos nuestros Mártires,
muertos en luz de LIBERTAD Y PATRIA!

TUMULO DE VARGAS TORRES

Por Alejandro Carrión

Sí, traedme una espada
delgada, ágil, brillante,
una espada desnuda, austera y bien templada,
como su alma.

Traedme una guirnalda,
fresca, jugosa, matinal, sencilla,
una guirnalda suave y amorosa,
como su alma.

Traedme un claro día,
una nieve brotada en la mañana,
un agua de montaña, una sonrisa, un nardo,
como su alma.

Una luz de relámpago, una nieve afanosa, un
agua pura, un ansia, una tormenta
desatada en el bosque, a la mañana,
como su vida.

Un gavilán herido, una paloma azul,
un viento que se expande en la llanura, un sol que
en medio día se nubia y atardece, como su vida.

Un pino joven, tierno, poderoso, enramado, un
hacha, un lazo, un grito, una palabra que se
entrecana y salta y se derrumba, como su vida.

Sí, traedme un laurel,
una espiga, una rama de cedro,
una sed, una lámpara, una rosa valiente, como su
esperanza.

Una ala de gaviota, un salto de agua clara, una
hoja de maíz juvenil como lanza, un galopar de
potro, una palabra airada, como su esperanza.

Un vaso de buen vino, un oleaje que salta, un
vuelo, un ojo puro, una canción,
un río desbordado, incontenible,
como su esperanza.

Una corriente de mortales dardos,
un gajo de arce ardiente,
un arco tenso, un grito desbocado,
como su batalla.

Una llama que arde en ventolera,
un himno juvenil, enamorado,
un San Jorge de yelmo encendido,
como su batalla.

Un ansia de laurel y de altas palmas,
una sed de guirnaldas y banderas,
un corcel, un volcán, un rayo cárdeno,
como su batalla.

Dadme una lanza de letales filos,
un ciprés de ramaje sollozante,
una rosa enlutada, un hielo airado,
como su muerte.

Dadme una hoguera lacerada, aullante, una
hemorragia que se alargue en gritos, una marcha
descalza entre puñales,
como su muerte.

De ceniza una angustia,
de amanecer imponderable un llanto, de neblina
y honor un alarido,
como su muerte.

Y de sereno atardecer un ampo,
un mármol que haya sido incendio un día, un
sollozo que en piedra se transforme, como su
tumba.

Un ángel con las alas desoladas,
un aire de cipreses encendidos,
una tormenta en cielos suspendida,
como su tumba.

Una corona de perenne hiedra,
de musgo una fontana guarnecida,
de garza azul un vuelo entre pinares,
como su tumba.

Y un porvenir de humanas claridades,
amanecer por siempre verdecido,
ejemplo de verdades y de lirios,
cual su memoria.

ANTE LA TUMBA DE LUÍS VARGAS TORRES

Por Nelson Estupiñán Bass

Poeta, novelista y periodista esmeraldeño, nacido en 1912. Autor de: Cuando los guayacanes florecían; Canto Negro por la luz; Timarán y Cuabú; El Paraíso; El último río; Las huellas digitales; Las tres carabelas; Contabilidad Agropecuaria Práctica; Senderos Brillantes; Luces que titilan; Las puertas del verano; Toque de queda; El Desempate; Bajo el cielo nublado; Viaje alrededor de la Poesía Negra; Las 2 caras de la palabra; El póker de la patria y Duelo de gigantes.

Coronel,
Coronel,
ahora que vuelves al regazo maternal de tu
tierra, de regreso de tu último viaje,
para ser nuestra brújula y contarnos tu historia,
como un padre que en las tardes acaricia a sus
hijos y les muestra el camino,
ya pesar de pasado se siente porvenir,
aquí está todo el pueblo
haciéndote con su corazón estremecido
el arco triunfal en tu tránsito a la gloria.

Y aquí están mis palabras
a media asta
rindiéndote homenaje.

Coronel,
Coronel,
eterno obelisco de luz
en la extensión infinita de la selva,
cuando digo tu nombre
escucho el estrépito vegetal de la manigua
y veo las milicias montubias de Esmeraldas
desparramarse por la Patria,
curvando a su paso el Litoral,
vadeando los ríos
con su coraje siempre más alto que las aguas,
espantando la niebla espesa de los Andes con su
fuego, remeciendo con el machete la historia
ecuatoriana, ya la punta de todos,
tu figura meteórica
desbrozando el camino,
llamando a somatén.

Coronel,
Coronel,
tú que hiciste correr a caballo la historia que iba
a pie que con la controlada tempestad de tu
sangre escribiste una de las páginas más
luminosas de la Patria
regresas ahora,
aunque caído,
con la bandera en alto

para plantarla en estas verdes montañas
que conservan íntegro tu recuerdo en su memoria vegetal

Coronel,
Coronel,
en lo más hondo de tu silencio y de tu cal oigo el claro latido
de tu corazón acribillado por la sombra,
intacto,
como cuando ascendías vigoroso
por el escarpado camino que es la Libertad.

Coronel,
Coronel,
ahora todos los hombres comprendemos
que decir tu nombre
es hacerle a la libertad una oración;
que decir Vargas Torres
es como agitar una lámpara en la noche,
como tocaren el fondo del alma una campana alegre,

como desplegar ante el viento una bandera.

LOS ROMANCES DE LA MUERTE

Por Jorge Pincay Coronel

Doctor en jurisprudencia, nacido en 1.920.
Autor de: Junquillo, Romances a sol y lágrimas, Dos recitales, Los romances de la invasión y Promesa de Don Francisco.

‘Muerto se quedó en la calle.”
Negábanle sepultura.
“Muerto se quedó en la calle”
a beso de sol y luna.

Se había acercado la muerte
con su sonrisa de bruja.
La vida se va en los hilos
de sangre que se entrecruzan.

Los plomos tuvieron cofre
dentro su carne robusta.
Para los hombres que matan
tampoco habrá sepultura.

Llaman a misa los templos.
Coro sagrado se escucha.
Torna los ojos el cura...

Mientras la azul soldadesca
todos los plomos oculta
dentro la carne del héroe
dentro la carne robusta..

Piensan en Dios que perdone
el crimen desde su altura,
cuando los hombres que matan
no tienen alma de fruta.

Muerto se quedó en la calle.
Negáhanle sepultura.
La iglesia mayor repica.
Hilosde sangre se cruzan.

Se va su cuerpo caliente
y el corazón se le apaga.
Hay una angustia en los hombres que se arruga
en su garganta.

Sobre la piedra mugrosa
está su cuerpo de cara.
Se va su sangre caliente
y el corazón se le apaga.

Tendido sobre la piedra

está su cuerpo sin caja,
para que mire el hereje
un escarmiento en su cara.

Le niegan la sepultura
porque es hereje de fama,
el alma noble lo cubre
con la sábana blanca.

Su sangre teje un camino,
hilos de muerte rosada
sobre la piedra mugrosa
en la mañana que aclara.

Le niegan la sepultura
porque es hereje de fama.
Por eso su cuerpo frío
lo arrojan a la quebrada
.
"Muerto se quedó en la calle"
y echáronle a la quebrada.
Alguien lo había cubierto
con una sábana blanca.

VARGAS TORRES

Por Eugenio Moreno Heredia

Doctor en Jurisprudencia, Poeta cuencano del Grupo Elan, Ministro de la Corte Suprerna, nacido en 1926.
Autor de: Caravana a la noche; CIamor del polvo herido; La voz del Hombre; Poemas de la Paz; Baltra; Poemas para Ni?tos; Ecuador Padre Nuestro; Sólo el Hombre; Antología; Antología del Grupo Elan y Trilogía de la Patria.

No le cubran los ojos
que quiere ver llegar el viento de su muerte
desde los desvelados campanarios del odio,
que quiere verla, erguido, frente a frente.

No le cubran los ojos porque nunca
los cerró ante la muerte
que la olió como potro,
tantas veces,
entre la recia polvareda

de las alucinadas montoneras;
Coronel liberal y guerrillero.

Jamás fue Tomebamba de alfareros,
de límpidas colinas,
de ríos transparentes y jilgueros
la del sordo balazo
que reventó en su pecho,
una noche
de enloquecidos pájaros de sangre.

Fueron oscuras manos,
oscuros corazones de fango y telaraña.

Que no le cubran los ojos,
porque siempre miró de frente a frente
su incendiada montaña esmeraldeña,
con su sol de jaguares y topacios.

Dejadlo allí caído sobre el suelo
con su río de sangre
desbordado de amarga rebeldía
sobre la lividez de su camisa.

Retiradle mortajas y pañuelos,
el joven Coronel quiere fusiles,
el joven Coronel quiere clarines
y un relincho gozoso
para volver alegre
desde la honda quebrada de la muerte.

MAS ALLA DE LA HOGUERA

Por Horacio Hidrovo Peñanerrera
A Luís Vargas
Torres

Poeta y novelista manabita, Licenciado en Ciencias Sociales y de la Educación, nacido en 1931.
Autor de: Meridiano de amor, Duelo bajo la luna, Equinoccio, Canción blanca para Luther King, La esquina de Pérez, Los niños, Manzanas para los niños del mundo, Los pájaros son hijos del viento, Las huellas de tus sandalias, Los trenes de la infancia, Historia de la Literatura Manabita Se vende una ciudad y Los tauras.

De pie
como la estatua más *alta del SoL*
Mientras su voz de jungla
se esparcía por los Andes.
Con la palabra guardada en la protesta.
Mientras la sotana preparaba el crimen.
Sin bajar la mirada.
Con los puños cerrados.
Apretando su propio coraje.
Con su corazón en llamas
quemándose en la piel.

Triturando con sus manos
la carcajada histérica del malvado.
Cuando la Revolución
era un estallido en la noche
y Alfaro era mitin en la república.
La pólvora rompió
la piel de la aurora.

Vargas Torres no cayó.
Redoblaron los tambores por su vida.
Se incendió su palabra.
Se hizo fuego.
Fuego perenne.
Canto de semilla.
Cosecha para un nuevo amanecer.
Nadie muere
cuando pisa a la muerte,
y el Coronel de la jungla
despertó a la vida.
Como un viento huracanado.
Como un volcán
remeciando su ira.

Vargas Torres
con su sombrero montubio,
como los montoneros
que treparon los Andes,
amaneció con su voz enredada
en el nuevo mitin de la patria.
Y está presente

en la camisa desgarrada del obrero;
en la hora del pan disminuido;
cuando los estudiantes,
como torrentes humanos,
llenan las calles.
Su voz
y la voz del General de los montubios,
el grito en llamas de los campesinos y una bandera roja
quedaron sembrados para siempre
en el corazón de la patria.

DE COMO LUÍS VARGAS TORRES SEMBRO EL ARBOL LLAMADO LIBERTAD

Por Euler Granda

Poeta riobambeño, Doctor en medicina, nacido en :1935.
Autor de: El rostro de los días, Voz desbordada, Etcétera etcétera, Poesía, El cuerpo y los sucesos, La mutilmanía y otros nudos, Un perro tocando la lira, Relato y poesía, Daquilema y otros poemas, Bla, bla,

Como una cimitarra hirviendo,
como la asepsia en forma de machete,
como el celaje
cuando llega la hora de la hora;
así venía desde Panamá,
o más bien dicho desde siempre;
así le abría paso el mar
y besaban su proa
las lenguas de la sal;
así los alcatraces y las rocas,
con su pétrea manera,

vieron pasar el Alhajuela:
ángel con el puño hecho piedra
a un tris de descargarlo
sobre los animales
que habían trocado en chiquero
el verde territorio de la patria.

Ese mes de noviembre,
rompiendo el agua y la distancia,
ineludiblemente venía el Alhajuela.

Venía nuestro padre Alfaro
y su brazo derecho, Vagas Torres,
traza una luz pequeñita
para sembrarla en Esmeraldas
y en todos los rincones de la patria.

Luís Vargas Torres,
guerrillero, hortelano,
acérrimo enemigo de la noche
y la injusticia,
con su propio pellejo,
hasta tocar el cielo,
hizo crecer el árbol de la libertad.

LUÍS VARGAS TORRES

Por Edgar García Pérez

Profesor, poeta y periodista, una buena parte de su obra lírica apareció en el primer cuaderno de la Colección Ruta de la Poesía Esmeraldeña, editada por el Núcleo Provincial de Esmeraldas de la Casa de la Cultura Ecuatoriana –
Nació en Esmeraldas el año 1,927 y murió en la misma ciudad en 1983,

Aquí estamos alertas,
contemplando tu nombre derramado en la
Historia, manantial de heroísmos,
lumbre excelsa y perenne de libertad sagrada,
estrella limpia y clara
en cada noche roja de sangre ecuatoriana.

Compañero y hermano de esta tierra caliente,
aquí sigue flameando tu primer alarido,
tu impulso quinceañero
y el grito poderoso de tu conciencia libre,
Aquí está germinando tu coraz6n de roble
en la risa tajante de los machetes nuevos,

en los puños cerrados de las generaciones
y en la savia inflamada y arisca de la selva.

No importan la distancia ni el tiempo, ompañero,
si tu juventud cósmica se refleja en la tierra,
si tu canción es himno de los trabajadores
y tu vital sonrisa espiga en los maizales.
No importa que la muerte,
curva definitiva de todos los quebrantos,
te llevara soberbio,
sobre una alfombra de balas enemigas.
No importa la barbarie ensañada contigo,
si tú estás con nosotros, saturado de gloria,
si del gran sacrificio recogemos tu ejemplo que
nos guía hacia adelante
a contemplar la hazaña de la revolución.

Compañero y hermano de esta tierra caliente,
te digo con palabras, llameantes de ternura,
héroe, mártir, apóstol,
Coronel Vargas Torres.

REENCUENTRO CON VARGAS TORRES

Por Félix Yépez Pazos

Poeta, crítico y relatista carchense, Doctor en Jurisprudencia.
Autor de: Habitantes Subterráneos, La Arcilda Perdurable, Cerote, El Aire Manchado, La Chacra, El Derecho y el Crecimiento Indiscriminado de la Población, Escritores Contemporáneos del Ecuador, Felizmente Nada y Los Años Enterrados.

Desde que tuvo uso de razón
(desde la escuela)
se concretó
a dibujar en la pizarra
nuevos signos de amor para la patria.
Trazó unos pocos
en el vidrio nervioso de los ríos
y crecieron como peces de colores.

De grande, ya de señor,
comenzaron a ponerle el ojo,

a ubicarle un oído
en su ventana,
a seguirle los pasos,
a cortarle el chorro tenaz de la palabra
y ese frontal comportamiento
de señor Coronel sin aspavientos.

Le nació en el pecho una bandera
que día a día la iba endureciendo
con la carne montubia del pechiche.

De la noche a la mañana,
sorpresivamente,
lo encontraron
en coloquios sospechoso con los rifles, lo
cercaron, entonces, de dientes puntiagudos, le
pusieron esposas en sus manos
y, sin fórmula de juicio,
lo subieron, con bombos y cuchillos,
al patíbulo.

El fuego le dobló los sueños
y, sin embargo, desde su piel quemada, una
escuadra de palomas rojas
levantó el vuelo, y con sus picos,
dibujó en el cielo
el camino que ahora transitamos.

¡Vargas Torres Luís,
mi Coronel, escuche,

estructure su canción de hueso,
alce la voz que ya es la hora
de romper de golpe este silencio!

135

BIBLIOGRAFIA

DICCIONARIO DE LA LITERATURA ECUATORLANA por Franklin y Leonardo Barriga López.

LA OTRA HISTORIA, por Alejandro Carrión.
POESIA, PRIMERA JORNADA, por Alejandro Carrión.

NUESTRO VARGAS TORRES, por César Névil Estupiñán

CANTO NEGRO POR LA LUZ, por Nelson Estupiñán Bass.

POESIA, por Eugenio Moreno Heredia.

RUTA DE LA POESIA ESMERALDENA, Entrega Número 1.- Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, Núcleo Provincial de Esmeraldas.

VARGAS TORRES, por Jorge Pérez Concha.

VIDA Y MUERTE DE ELOY ALFARO, por Roberto Andrade.

INDICE

VARGAS TORRES EN LA POESIA

COMISION NACIONAL PERMANENTE DE CONMEMORACIONES CIVICAS (CNPCC)

PRESIDENTE:
Lic, don Alejandro Carrión Aguirre, Miembro de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, Representante del Presidente Constitucional de la República.

VICEPRESIDENTE EJECUTIVO:
Lic, don Byron Morejón,
Ministro Director General de Relaciones Culturales de la Cancillería, Representante del Ministro de Relaciones Exteriores.

VOCALES:
Profesora Licenciada doña Teresa León de Noboa,
Directora Nacional de Cultura, Representante del Ministro de Educación Nacional,

General de Brigada don Gonzalo Orellana, Director de los Museos Militares, Representante del Ministro de Defensa Nacional.

Doctor don Pedro Barreiro, Secretario General de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y su representante.

ASESORES:
R.P. doctor don José María Vargas 0.P., Premio Nacional “Eugenio Espejo 1984, Miembro de la Academia Ecuatoriana de la Lengua.

Doctor don Jorge Salvador Lara, Ex-Ministro de Relaciones Exteriores, Director de la Academia Nacional de Historia.

SECRETARIO:
Licenciado don Eugenio Vásquez Galarza,
De la Dirección General de Relaciones Culturales de la Cancillería.

VARGAS TORRES EN LA PROSA *Y* LA POESIA se terminó de imprimir el día 7 de enero de 1988, en la NUEVA EDITORIAL de la Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”, siendo su Presidente el Profesor Edmundo Ribadeneira M. y Asesor Técnico de la Nueva Editorial el señor César Viteri H.